

AL/F. 16-10

AL/F. 16-10

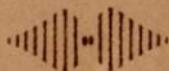
F. PALANQUES

EL GUARDIÁN

— DE —

SAN FRANCISCO

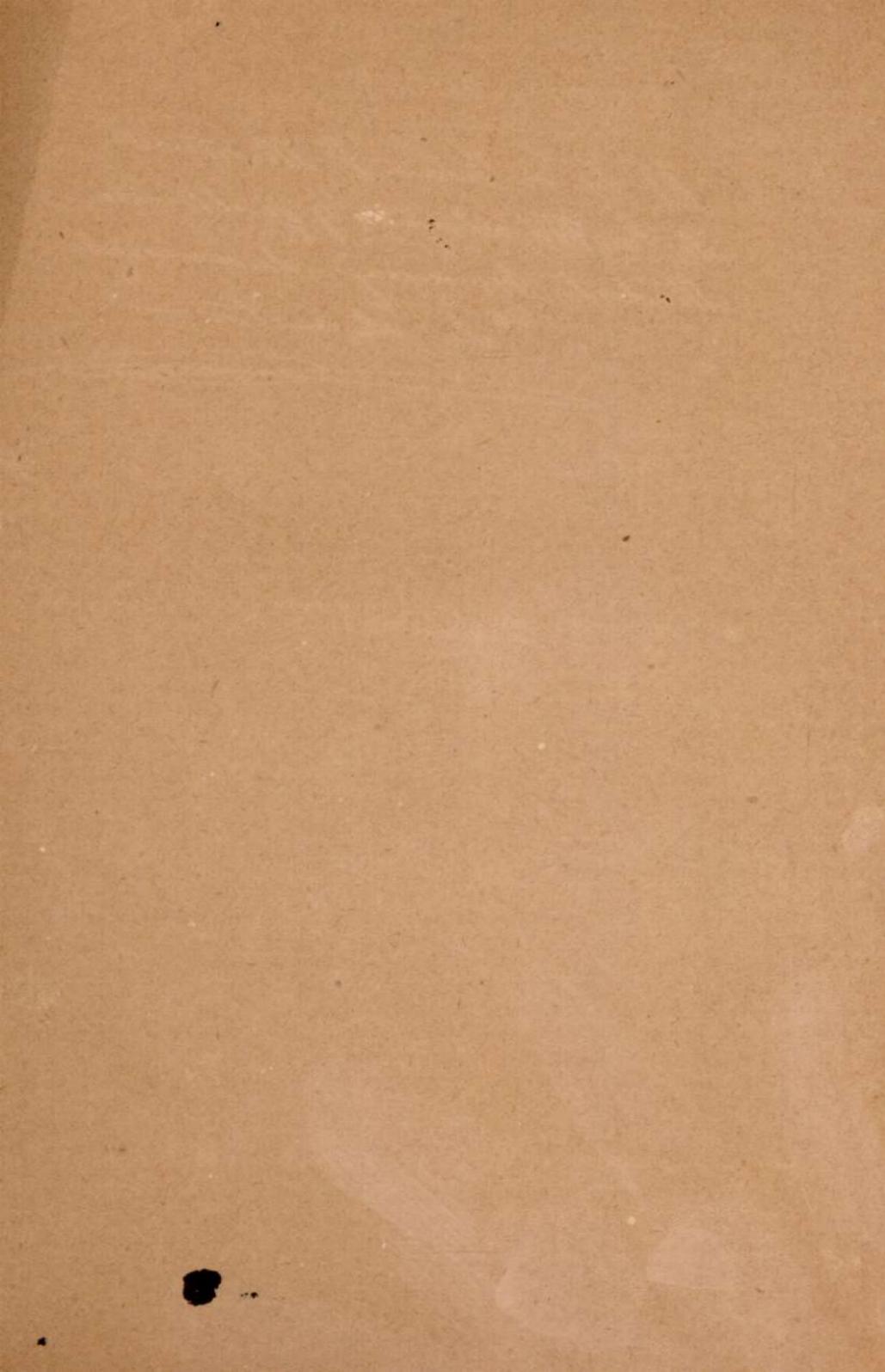
(EPISODIOS DE LA INVASIÓN FRANCESA)



VÉLEZ-RUBIO

Imp. de EL DEFENSOR DE LOS VÉLEZ

1904



AL/F. 16-10

EL GUARDIÁN

— DE —

SAN FRANCISCO

(EPISÓDIOS DE LA INVASIÓN FRANCESA)

— POR —

FERNANDO PALANQUES

De la Academia siciliana Dante Alighieri



VÉLEZ-RUBIO

Imp. de EL DEFENSOR DE LOS VÉLEZ

1904

ES PROPIEDAD DEL AUTOR



PREÁMBULO

À Fernando Carrasco

(Director de «El Defensor de los Vélez.»)

Siempre he creído que la tradición y la leyenda constituyen la poesía de la Historia.

Un monte ó una peña, un árbol ó una cruz, la abandonada vereda, el viejo torreón ó el desmoronado muro, evocan á las veces en el mundo de los recuerdos hechos y enseñanzas de menos gráfica elocuencia ciertamente, pero de más sugestivo encanto que los encerrados en las amarillentas páginas del vetusto infólio de nuestras bibliotecas ó en el empolvado documento de nuestros archivos.

Y es que para hablar al alma y á la imaginación de las muchedumbres, no hay lenguaje tan persuasivo como el de la tradición oral. Leedles alguna interesante pági-

na cargada de erudición, de citas y comprobantes históricos, de cualquiera de nuestros viejos cronicones, y no os oirán. Narradles en cambio algún episodio real ó ficticio, pero al cual sirva de escenario la peña ó el monte, la cruz ó el árbol, la torre ó el muro que ellos conocieron ó conocen, y entonces os escucharán con el deleite y la religiosidad de un musulmán.

Oyendo formular este pensamiento á mis labios, pídesme con empeño que cuente una historieta de sabor local á los lectores de EL DEFENSOR DE LOS VÉLEZ. Y yo, complaciente por naturaleza para con los buenos compatriotas como tú, voy á contarles esta que, sin ser exclusiva creación de mi pobre fantasía, no me resuelvo á concederla todos los honores de verdadera historia, aunque tampoco de novela, porque de aquélla más que de ésta participa.

A pesar de ir despojada de toda gala literaria, escúchala á tu vez, siquiera en testimonio del sincero afecto que te profesa tu buen amigo

EL AUTOR

VÉLEZ-RUBIO, MAYO DE 1904





EL GUARDIÁN DE SAN FRANCISCO

I.

Recuerdos y confidencias

Hace ya más de treinta años....

Hás de saber, amigo mío, que acabo de entrar en el respetable gremio de los... cuadragenarios, y, sin embargo, aún me considero «joven».... recordando una de las postrimeras oraciones parlamentarias de Don Emilio Castelar, pronunciada allá por los años de 1886 con motivo de la discusión del mensaje de la Corona en las primeras cortes liberales de la última Regencia.

Narraba el insigne orador las peripecias de su vida pública durante los turbulentos sucesos que ocasionaron la abdicación de D. Amadeo y el advenimiento de la República; y entre las muchas frases con que, á guisa de paréntesis bordaba aquellos largos y subyugadores periodos tan peculiares de su

mecanismo oratorio, recuerdo esta, que yo, modesto expectador entonces de la tribuna de periodistas del Congreso, gravé en mi mente en forma tan indeleble, que aún parece que suena en mis oídos, entre acentos de arrebatadora elocuencia:

—«Cuarenta años, no más, tenía yo entonces...»—decía el fénix de la tribuna española dejando reflejar en aquella frente casi deífica, iluminada por la aureola de la inspiración y el genio, cierta emoción entre plácida y desconsoladora producida por la evocación de acontecimientos que él juzgaba á la sazón comprendidos dentro aún de sus *años juveniles*.

Hé aquí por qué, tocayo mio, al evocar hoy á mi vez uno de los risueños incidentes de mi primera infancia, incidente que en el largo proceso de mi recuerdos alcanza ya la respetable cifra de treinta y tantos años..... me creo ser aún *joven*, yo, que por cierta indomable idiosincrasia de temperamento y de carácter, ó por no sé qué ingénita adverbación al bullicio social, á la exhibición y al placer aparatoso, á los veinte ya me consideraba *viejo*. Y es, sin duda, que no existe decaimiento para el organismo mientras

haya emociones y recuerdos y vigor en el alma, ó porque, como dijo muy bien un distinguido escritor, «volver la mente á lo pasado equivale á duplicar los goces ó las impresiones de nuestra vida actual.» Y claro es, amigo Fernando, que al duplicar los goces del alma, ésta redivive y vigoriza la materia.

Decía pues, que hace más de treinta años, esto es, en un hermoso día de la primavera de 1870, (el 25 de Abril,) caminaba yo cogido de la mano de mi abuela materna, siguiendo el curso de una procesión de letanías ó rogativas que, saliendo de la Iglesia de la Encarnación y pasando á lo largo de la carrera de San Francisco y Puertas del Convento de este nombre, debía terminar en la colina del Cabezo del Jordil, ó vulgo *Cabecico*.

Aquel hermoso día, fiesta del evangelista S. Marcos, iba á tener lugar la tradicional bendición de los campos, una de las ceremonias más tiernas y poéticas del rito católico, y seguramente la más bella y encantadora para las almas sencillas, sobre todo para los chicuelos de mi edad.

En la explanadita que daba acceso á la ca-

pilla del cementerio viejo y al pié de la penúltima estación del *Vía Crucis*, se había improvisado como de costumbre el altar que debía de servir para la ceremonia religiosa. Multitud de olorosos mastranzos y encendidas amapolas, simétricamente esparcidos por el suelo, formaban una agreste y perfumada alfombra en derredor del altar.

Anheloso de escuchar de cerca los cánticos y preces de la Iglesia, atraje á mi abuela tras de mí, siempre cogido de su mano, que se dejaba conducir blandamente obedeciendo á mi infantil impulso, hasta que logramos romper el círculo formado por la muchedumbre en torno del bondadoso é inolvidable párroco á la sazón don Ildefonso González.

Un desalmado y ya crecido acólito tuvo el atrevimiento de castigar en mí aquel acto de disculpable audacia, asestándome un golpe en el hombro con el mango del hisopo que acababa de pasar de las manos del sacerdote á las suyas, después de efectuada por aquél la aspersion del agua bendita. Tan inhumana agresión produjo, como era natural, la indignación y las protestas de mi abuela, quien juzgando sin duda im-

propios el lugar y las circunstancias para vengar aquel ultraje inferido en la persona de su nieto, me estrechó en sus brazos y, tornando á abrirnos paso por entre el abigarrado concurso, nos alejamos de allí en dirección de la Era empedrada.

Transcurido un cuarto de hora, la religiosa comitiva regresaba con el mismo orden á la Iglesia parroquial, en tanto que la cariñosa anciana se esforzaba por acallar mis sollozos recorriendo conmigo á cuestas, una por una, las pétreas estaciones del Calvario, procurando distraer mi dolor con infantiles narraciones alusivas al drama de la Redención, escenas que yo veía representadas, de una manera gráfica, en los chillones azulejos que aún se conservaban allá en el fondo del hueco cuadrangular de cada una de dichas estaciones, muchas de las cuales empezaban ya á mostrar en su visible deterioro las huellas de ese espíritu escéptico, al par que destructor, que parece informa á las modernas muchedumbres, y que ha dado al traste por completo y sin protesta de nadie, con un *Via Crucis* más costoso que bello, ciertamente, pero legado al fin por la piedad de nuestros antepasados, que lo erigieron.

hacia mediados del siglo XVIII.

Terminada la tan piadosa como inocente excursión, mi abuela se desprendió blandamente de su dulce carga y me invitó á descansar un poco á la sombra de uno de aquellos olivos que, como el *Via Crucis* referido y su ermita aneja (1), fueron de la propiedad de la V. O. Tercera de Penitencia.

La mañana estaba radiante y esplendorosa como nunca. La primavera se había cubierto ya de sus mejores galas, y el perfume de las flores de la vega y el verdor de esmeralda de los campos, recreaban la vista y subyugaban el ánimo, infundiendo una sensación de bienestar de que nos dispusimos á aprovecharnos mi abuela y yo..... Porque la bondadosa anciana participaba, sin duda, como tú y como yo, amigo Fernando, de una pasión innata por la contemplación de los encantos de la Naturaleza.

Y es que no hay emociones comparables á las que experimenta el ser humano desde la cumbre de un monte ó entre las espesuras

(1) Esta ermita se denominaba, en su origen, el «Santo Sepulcro» y constituía la última estación del *Via Crucis*, quedando de capilla del cementerio al ser éste instalado allí provisionalmente á raíz de la primera invasión francesa.

del follaje, porque el follaje es el manto nupcial de nuestra madre común la tierra, y la cima de un monte el mejor observatorio del gran panorama de la Creación..... Porque allí le es más dado al hombre sustraerse á los estímulos de la materia y á las sugestiones de lo deleznable y transitorio, para elevar el pensamiento á lo infinito, á lo eterno, á lo único inmutable: la Ciencia, el Universo, Dios.

Tú que eres cazador de pura sangre, pensador á ratos, y aun filósofo en ocasiones, has sentido esas nostalgias de la Naturaleza y notado seguramente esas inefables sensaciones del espíritu con mayor intensidad que yo.

Sentados, como digo, al pié de aquel hospitalario olivo, la solícita anciana enjugó por última vez en mis mejillas las huellas del llanto que me produjera el hisopazo del monago, y me acomodó dulcemente en su regazo.

—Ya has visto, hijo mío, y sabes lo que significa—me dijo en su maternal afán de seguir distrayéndome—cada una de las estaciones de que consta este Calvario, piadosa remembranza de aquel en que espiró cru-

cificado el divino Redentor de la Humanidad. Ahora escucha otra historia que, si bien hoy no tiene más objeto que el de entretener tu infantil curiosidad, deseo mucho graves en tu tierna mente para que la comprendas en su día, siquiera porque ella está relacionada—añadió indicándome con el dedo los ennegrecidos muros del cercano ex-convento de franciscanos—con la memoria de un ejemplar religioso á quien yo conocí, y que habitó y rigió ese monasterio que tú ahora contemplas solitario y casi en ruinas.

Y estampando un tierno ósculo de gratitud en su frente, me acomodé de nuevo en su regazo, disponiéndome á escuchar de sus labios esto mismo que, adicionado con algunos datos genuinamente históricos y con tal ó cual detalle que la cariñosa anciana dejó discretamente ocultos á mi infantil imaginación, van oír mis benévolos lectores.



II

Un fralle sepulturero

Era la noche del sábado de Gloria del año tristemente memorable de 1812.

Una columna francesa mandada por el coronel Sr. Barón de Spar acababa de abandonar la población después de tres días de permanencia en ella, que fueron para sus pacíficos habitantes otros tantos siglos de inquietudes y zozobras.

Era la quinta ó sexta vez que la horda napoleónica penetraba en nuestra villa, dejando en todas ellas huellas indelebles de un espíritu vandálico y destructor en las haciendas, en las personas y en los hogares.

Pero en esta ocasión había venido á herir de lleno el sentimiento religioso de nuestro pueblo, en el momento solemne en que éste se consagraba á la conmemoración de los

sublimes misterios del augusto drama del Calvario.

Celebrábanse con toda pompa los sagrados Oficios del Jueves Santo en la parroquia de la Encarnación y en S. Francisco, cuando entre el piadoso concurso cundió con espanto el rumor de «¡los franceses! ¡otra vez han entrado los franceses!»

Y súbitamente quedaron desiertos ambos templos, porque la muchedumbre despavorida huía hacia el campo ó se replegaba á sus hogares; que tal era la impresión de terror y alarma que habían dejado en su ánimo las frecuentes tropelías de las tropas invasoras.

Aquel año quedaron, pues, interrumpidas la visita de Sagrarios y demás ceremonias y procesiones públicas del Jueves y Viernes santos, hasta el atardecer del sábado, en que un «¡ah!» de satisfacción devolvió á los pechos velezanos su relativa calma, ante el grato anuncio de que la columna francesa se disponía á desalojar la población, emprendiendo el camino de Baza, y que la vanguardia del tercer cuerpo del Ejército español, mandada por el mariscal de campo don Manuel Freire, llegaría de madrugada de la

ciudad de Lorca en persecución de aquella.

Seis horas habían transcurrido desde que se perdió en lontananza el último eco del toque de marcha de los tambores franceses, cuando un paisano de indefinible aspecto, calada hasta los ojos su montera murciana y casi oculto el rostro entre los pliegues de negra bufanda de merino, doblaba la esquina de la cuesta del Moral, jadeante, anheloso, llevando sobre sus espaldas un pesado bulto al parecer de forma humana. La noche era obscura como conciencia de impenitente, y la última campanada del toque de *Laudes* acababa de sonar en el cercano monasterio.

Otra campanada menos aguda y menos vibrante que las anteriores sonó al cabo de unos segundos, perdiéndose su eco argentino en el silencio de la noche.

El hombre enmascarado se detuvo y aplicó el oído... Aquella nota metálica era, sin duda, una señal convenida.

—El bueno del Padre Cristóbal nose duerme—se dijo.

Y avanzando algunos pasos más, hasta casi rozar por el exterior la tapia occidental del huerto de los frailes, se desprendió de su

enojosa carga, exhalando al mismo tiempo un ahogado suspiro de satisfacción.

Al tocar en el suelo el misterioso «bulto», rodó por el cesped un pesado morrión, en cuya escarapela, de no ser tan densa la obscuridad de la noche, cualquier ojo avizor habría visto grabadas las águilas imperiales...

Libre ya de aquella inpedimenta, el hombre encubierto avanzó otros treinta pasos sin dejarse la dirección de la tapia cuyo contacto servíale de guía en aquella noche tenebrosa, hasta que llegó á palpar el quicio de una pequeña puerta de servidumbre que por dicho lado de Poniente tenía el expresado huerto del Convento (1).

Entonces se detuvo de nuevo; lanzó al aire un silbido penetrante... y esperó.

Al poco rato percibió en el interior el leve

(1) Este bello y ámplio cenobio, que con motivo de la exclaustación de los frailes permaneció casi abandonado y en ruinas por espacio de medio siglo, fué restaurado en 1880 á expensas del inolvidable obispo Orberá con destino á la selecta comunidad de «Religiosas benedictinas de la Enseñanza», que desde entonces lo ocupa, habiéndolo sufrido recientemente importantes modificaciones y reformas que le han convertido tal vez en el mejor y más espacioso de los Colegios-monasterios de la diócesis.

rumor de unas pisadas humanas.

Cuando éstas estuvieron más próximas, hirió sus oídos el áspero «chirrido» de una puerta al girar sobre sus goznes. En su dintel no tardó en dibujarse la confusa silueta de un fraile.

Era el Padre Cristóbal.

—¡Ave María Purísima!—musitó éste en tono apenas perceptible.

—¡En gracia concebida!—respondió el interpelado.

—¿Te he hecho esperar?..

—No, padre mío, sois puntual como un espartano y bondadoso como un santo.

—¿Has traído... *eso*?

—Sí, reverendo padre. ¡Si supiérais cuánto pesa el endiablado!.. Pero, decidme, ¿y la fosa?

—Abierta.

—¿Dónde?....

—En el ángulo de la izquierda, junto al limonero viejo.

—Pues manos á la empresa... ¡Y pensar que vamos á dar tierra cristiana á este *judío*!..

—¡Caridad, caridad, amigo Carlos!... No olvides que te he absuelto de tu horrendo

pecado y aun me he prestado á borrar las huellas de tu delito, pero á condición de que has de perdonar para que Dios á su vez te perdone...

—¡Perdonar, perdonar!.. Pues bien, padre mío, lo queréis... ¡sea! Y que el cielo se apiade de mí, porque... porque...

Un rugido de rabia interceptó esta vez la frase en su garganta.

El buen religioso le consoló dulcemente, tendiéndole su mano y dándole á besar un crucifijo.

—Cálmate, cálmate, amigo mío, y confía en la misericordia de Aquel que antes sufrió y padeció por tí.... Ahora sólo debes pensar en tu hija.

—¡Mi hija!.. Allá queda llorando su desventura... ¡Pobre Carlota!.. Ha caído enferma, con fiebre... Debió ser tenaz y desesperada la resistencia... ¡Ella... tan delicada... tan pudorosa!.. Pero al fin hubo de sucumbir á la brutalidad de sus verdugos. ¡Horror! ¡Oh!.. ¡si ella muriera!....

El padre Cristóbal tuvo que asir nerviosamente la mano crispada de su interlocutor, que hendía la obscuridad en actitud amenazadora, sellando con la otra aquellos labios

trémulos propensos á prorrumpir en una horrible imprecación ó una blasfemia.

—¡Carlos!....—le dijo—¡piensa en Dios y en tu crimen!...., ¿No está aún satisfecha tu venganza con la muerte de ese desgraciado?

—¡Ah!.. pero él sólo era un cómplice..... El otro, el verdadero autor de mi deshonra, se me escapó de las manos... ¡Infame!..

—Cálmate, Carlos, y respeta los fallos de la Justicia divina..... Ahora ayúdame á dar sepultura á ese cadáver.

.
Un cuarto de hora después, el cuerpo de un soldado, vestido con el uniforme de sargento segundo del ejército invasor, dormía el sueño eterno en obscuro rincón del huerto conventual, quedando cuidadosamente oculta aquella tumba clandestina bajo una gruesa capa de cesped removido.

Y en tanto que los labios del sacerdote cristiano modulaban la postrer plegaria por el alma del militar extranjero, el hombre misterioso desaparecía con paso acelerado por uno de los estrechos callejones que desembocaban al brazal de *Cantareñas*, internándose en la población á punto que el canto de los gallos denunciaba la proximidad

del día y los celajes precursores de la aurora comenzaban á esfumarse allá en las lejanías del Oriente....

Los campanarios de la Encarnación y de San Francisco, ajenos por completo á tan lúgubre y misteriosa escena, empezaban también á aquella hora sus alegres repiques del toque de *Gloria*, anunciando al entonces dormido y poco antes asustado pueblo, la conmemoración del fausto suceso de la Resurrección del Mártir de los mártires, del astro esplendoroso que dos días antes apagára sus luces en la escabrosa cumbre del «Gólgotha».....



III

La paloma y los halcones

Retrocedamos á la mañana del Viernes Santo.

Por la venida de los franceses, no se verificó tampoco aquel año uno de los actos religiosos más imponentes de los que efectuaban en este día los frailes de San Francisco, á saber: el ejercicio público del *Via-Crucis*, en el Cabecico, que solía practicar en actitud penitente la comunidad en pleno, con inmenso acompañamiento de fieles de la población y el campo, todos los cuales, á imitación de aquellos venerables religiosos, se disciplinaban severamente terminado el rezo de cada una de las estaciones.

El pánico ocasionado por la presencia de las tropas extranjeras, mantuvo desiertos aquellos lugares no obstante la acendrada

piedad del vecindario y la solemnidad de un día consagrado por la cristiandad entera á la conmemoración augusta de la inmolación del Hijo del hombre. En cambio se vieron invadidos por abigarrada y confusa muchedumbre de oficiales y soldados que descansados ya de las fatigas de la última jornada ó libres del turno de servicio, acudian allí á disfrutar de los encantos de un apacible día primaveral.

Dos de estos militares, que ostentaban en las bocamangas de su uniforme las insignias de segundos sargentos de la infantería francesa, tomaron asiento, después de haber recorrido la pintoresca perifería de la colina del Calvario ó *Cabecico*, al pié de la penúltima estación, la de la triple cruz, esto es, allí donde más de medio siglo después, contemplaba yo con infantil arrobamiento aquel florido altar improvisado para la ceremonia de la bendición de los campos. Ambos departían con toda la intimidad de antiguos confidentes y camaradas, aunque el aspecto febril y un tanto extraño de sus gestos y ademanes, dejaba adivinar que se hallaban embebidos en la discusión de algún tema interesante.....

Veamos si conseguimos sorprender su endiablada «jerga», mezcla indefinible de gascón y provenzal, que yo cuidaré de traducir á mis lectores en castellano neto, usando de ese privilegio reservado sólo á la fantasía del narrador.

—Te juro que es rubia como los ángeles.

—Y hermosa como una Venus de Milo.

—¡Por Baco, que ha de ser mía hoy mismo!..

—¡Y mía también, voto á Brios!

—Primero he de ser yo, amigo Jules.

—No, yo el primero, amigo Roudón.

—¿Vaya á que reñimos hoy?..

—Será la primera vez, mas si te empeñas.....

—No, eso no debe ser, y para evitarlo confiémoslo á la suerte.

—Sea.

Uno de los interlocutores, el designado con el apellido ó sobrenombre de «Roudón», se extrajo del bolsillo interior de su capote una moneda de cobre con el busto del Capitán del siglo.

—¿Qué pides?—preguntó mostrándola al compañero—«¿águila» ó «efigie»?..

—¡Efigie!—contestó el interpelado.

La moneda se elevó algunos metros en el vacío, volviendo á caer á los pocos segundos á los piés del mismo que la impulsó.

—¡Aguila!—exclamó éste con júbilo.

—Me has vencido, Roudón,—murmuró el otro con mal disimulado despecho.—La *paloma* te pertenece, pero á condición de que me has de reservar mi turno... Yo en cambio oficiaré de vigía en tanto que tu «libas» las primicias... de su amor.

¡Pobre Carlota!.. La casta flor de su pureza acababa de ser sorteada entre dos chacales uniformados, por procedimiento análogo al empleado diez y ocho siglos antes, en el mismo día, al pié de otra cruz y en la cima de otro monte, por aquellos desalmados decuriones romanos que se jugaron á los dados la túnica inconsútil del divino Mártir de la Humanidad.

Quedóse reflexionando unos momentos el que resultó favorecido por la suerte, y luego exclamó:

—Pero el patrón... ¡No hemos pensado!..

—Bah, no hay cuidado—gaturó el otro—ya había caído yo en ello y tengo mi plan.

Y murmurando algunas frases más al oído

del compañero, abandonaron ambos aquel sagrado lugar, testigo mudo de su proyecto infame, y se encaminaron á la población cogidos marcialmente del brazo y acariciando ya en su mente los goces que les reservaba la posesión traidora de una bella y puderosa criatura sentenciada irremisiblemente á sacrificar su honor y su inocencia en las garras del más brutal de los apetitos de la bestia humana.

Una hora después, el padre de la presunta víctima, esto es, el obligado «patrón» ó dueño del domicilio que servía de alojamiento á aquellos dos «caníbales» de uniforme, era conducido al cuerpo de guardia de la columna francesa establecido en el piso bajo del Real Hospital de Caridad, quedando detenido allí de orden superior en tanto que no se depurase cierta denuncia falsa y calumniosa que contra él se había fraguado por dos sargentos de la infantería, cuyos nombres se reservaba.

Al poco rato un modesto religioso, vestido con el sayal de franciscano, penetraba también en dicho cuerpo de guardia preguntando humildemente por el domicilio del jefe de la columna.

Era el venerable y bondadoso fray Cristóbal, quien conocedor, por un chispazo confidencial que tuvo, del atropello cometido en la persona de su honrado feligrés, acudía á postrarse de hinojos ante el coronel Barón de Spar, primo político de un conspicuo vezano, á la sazón ausente y antiguo discípulo del religioso (1), cuyo nombre y amistad pensaba invocar ante el noble militar extranjero, en la esperanza y con el propósito de que éste amparase la inocencia de su protegido.

(1) El Exmo. Sr. D. Fernando Andreo y Benito, esclarecido jurisconsulto y miembro que fué de la Real Chancillería y de la Diputación Provincial de Granada, creada por las Cortes de Cádiz. Era natural de Vélez-Rubio y casó en la bella ciudad de los cármenes con Mad. Genoveva Dampierre, de noble nacionalidad francesa. De este matrimonio nació D. Salvador Andreo y Dampierre, auditor que fué de Guerra y Fiscal togado del Supremo de Guerra y Marina, habiendo, además, representado el distrito natal de su padre en las Cortes moderadas convocadas por Bravo Murillo en 1851.



IV

Una víctima más y un frances menos

Á pesar de los buenos oficios de fray Cristóbal, su amigo D. Carlos permaneció detenido seis horas mortales en una de las celdas del «cuerpo de guardia» de las fuerzas invasoras.

Decretada por fin su libertad, se encaminó á su domicilio después de hacer una rápida visita de gracias al buen religioso, y bien ajeno por cierto á los extraños acontecimientos que en aquél le aguardaban.

La familia de D. Carlos la constituían solamente su esposa, virtuosa y respetable señora que, como él, casi frisaba ya en los cincuenta, y su hija única, Carlota, joven de diecisiete abriles, rubia como las Vírgenes de Murillo y seductora como las Madonas de Miguel Ángel, y á quien la naturaleza pró-

diga se había esmerado en dotar de todos los atractivos de la belleza espiritual y de la belleza plástica.

Al regresar de nuevo á su hogar, D. Carlos halló ligeramente entornada la puerta exterior, pero en cambio encontró completamente cerrado el portón, ese pequeño portón sin llamador ni picaporte, y que, á guisa de tosca cancela, separaba antiguamente en algunos hogares velezanos el «vestíbulo» ó entrada del interior ó cuerpo de casa.

Esto le contrarió algún tanto.

Llamó suavemente con la mano, y nadie respondió... Volvió á llamar con más insistencia, y tampoco... El sordo eco producido por sus nudillos al chocar nerviosamente en el añoso tablero, perdióse una y otra vez con cierto dejo lúgubre en la soledad y el silencio....

—Pues señor, es inaudito cuanto hoy me acontece—pensó D. Carlos, que ya comenzaba á impacientarse.

Aquel incidente inesperado, unido al no menos extraño de su prisión preventiva en el retén del Hospital, le ponían confuso y perplejo, empezando á manifestársele como signos de mal agüero.

Esto mismo aguijoneaba sus ansias de penetrar cuanto antes y á toda costa en el interior de su domicilio.

A punto estaba de adoptar cualquier resolución violenta que le franquease la entrada, cuando se acordó de que á prevención y para las ocasiones (D. Carlos era previsor por naturaleza) solía llevar consigo una especie de llavín de factura inglesa. Aquel podría ser por de pronto el precioso talismán que conjurase los vivos escarceos de su curiosidad é incertidumbre. Buscó, palpó los profundos bolsillos de su largo chaquetón de paño burdo, y al cabo de unos segundos de febril impaciencia, sus dedos temblaron de gozo al sentir el contacto frío del pequeño instrumento de hierro, con auxilio del cual el portón no tardó en ceder sin resistencia.

Mas una nueva sorpresa le esperaba entonces.

Al posar su planta en el estrecho pasillo que daba acceso á una espaciosa pieza que servía de cocina y comedor á un tiempo, su mirada escudriñadora hubo de notar algo excepcional y extraordinario. La puerta de dos hojas que por la derecha del propio pasillo daba entrada á una sala cuadrangular y

por ésta á los dormitorios del piso bajo, se hallaba herméticamente cerrada y asegurada por dentro. De haber aplicado el oído á la cerradura, hubiera podido escuchar cierto rumor misterioso y apenas perceptible que partía del interior de aquéllos.

Una mesa de pino, pintada de color de chocolate y cubierta aún con blanco mantel, las sillas y otros enseres de los que amueblaban la citada cocina-comedor, se hallaban en completo desorden. Por el pavimento veíanse esparcidos platos rotos, cubiertos, trozos de vasija y algunos restos de viandas.

Entonces le asaltó una sospecha horrible que contrajo sus facciones.

De pronto detuvo la respiración, porque le había parecido notar el eco de apagados quejidos que salían del fondo de una bodega de la casa á la que se descendía por angosta escalera.

Bajó en silencio algunos de sus peldaños, y al percibir ya más claros aquellos ahogados lamentos se resolvió á penetrar en dicha obscura pieza, cuya puerta sin cerradura y asegurada sólo por el exterior con un ligero cerrojo, dejóle sin dificultad el paso franco.

Sus ojos no tardaron en descubrir allá en

el fondo penumbroso de la lóbrega estancia el bulto de una mujer que yacía en el suelo fuertemente amordazada y atada de piés y manos. Era su esposa.

Entonces lo comprendió todo, y una llamada siniestra cruzó por su mente.

En un rincón del pasillo de entrada había visto abandonado momentos antes uno de los fusiles de los alojados.

Se despojó cuidadosamente de su calzado para evitar el ruido de las pisadas, y en actitud fiera, espantable, roja de súbita ira la mirada, semejante á la del chacal herido, subió de dos en dos los estrechos escalones y cogió nerviosamente el fusil, que examinó y encontró cargado.

Su primer impulso fué romper de una patada aquella puerta que le separaba de los criminales y su víctima y entablar desde luego una lucha desigual, pero vengadora y sangrienta, con los detentadores de su morada y de su honor.

Más al cabo de unos segundos de reflexión premiosa, una nueva idea asaltó su cerebro y una sonrisa de cruel satisfacción se dibujó en sus labios, trémulos por la cólera.

El piso superior lo constituían diversas

piezas, entre ellas una cámara ó «desván» que daba sobre la sala del piso bajo. En el suelo de esta cámara recordaba haber visto practicado un orificio de algunos centímetros de diámetro. Desde este agujero podría observar cómodamente y sin ser visto algo de lo que se tramaba por abajo.

Rápido como el pensamiento subió y puso en juego su nuevo plan.

La estancia la halló casi á obscuras por tener entornadas las ventanas.

Esto favorecía su proyecto y sus deseos de venganza.

Se agazapó en el suelo y observó. Junto á la puerta que desde la sala correspondía con el dormitorio ó alcoba que en aquel momento suponía teatro de la consumación de su deshonra, se hallaba voluptuosamente reclinado en cómoda butaca y aguardando su turno en aquel lúbrico y criminal festín, el sargento llamado Jules, bien ajeno por cierto á la crítica espiación que desde arriba era objeto. Su cabeza estaba exactamente en línea perpendicular del improvisado observatorio de D. Carlos.

El momento era precioso y decisivo.

El padre ultrajado introdujo la boca del

cañón del fusil por el consabido orificio; mantuvo por espacio de algunos segundos el arma al vuelo y en perfecta posición vertical, y por último disparó.

Casi simultáneamente con la detonación se oyó desde abajo una blasfemia horrible seguida del ruido sordo producido por un cuerpo inerte al rodar pesadamente sobre el pavimento.

La bala le había penetrado en el cráneo.

Casi al mismo tiempo la puerta de la alcoba se abrió con violencia para dar paso al raptor infame, quien hollando el cadáver de su compañero, huyó despavorido, dejando allí, sobre un lecho virginal, y maltrecha por lucha desigual y repugnante, la tierna víctima inmolada en aras de la traición y del ciego estímulo de la carne. En su atropellada huida, dejóse también en aquel profanado nido, santuario hasta entonces de la castidad y la inocencia, alguna que otra prenda de su marcial indumentaria y un grueso anillo de oro en el que campeaba esta inscripción: «Roundón».

Consumada la terrible escena, D. Carlos, como primera providencia, bajó de nuevo á la bodega y desató las ligaduras que aprí-

sionaban á su esposa. Luego, dejando confiado á la solicitud de la angustiada madre el socorro de la infeliz Carlota que aún yacía desvanecida en el lecho, se dirigió á dar cuenta de lo ocurrido al Padre Cristóbal, ante quien confesó y lloró su crimen y su desgracia.

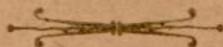
Ya hemos visto cómo, de acuerdo con éste, á la noche siguiente y luego de partida la columna francesa, el cadáver del militar extranjero era conducido en hombros por el propio homicida hasta la tapia del huerto de los frailes, después de atravesar con su fúnebre carga calles solitarias y tortuosas, procurando esquivar todo encuentro con algún indiscreto rondador nocturno, pues era la noche de los «enrames» (1).

(1) Sabido es que en este como en otros muchos pueblos de la región andaluza, la noche que precede al domingo de «Resurrección» es la elegido por los enamorados para obsequiar á la dueña de sus pensamientos con sendos ramilletes de lo más florido de la vega, que ellos mismos colocan y custodian ante la reja de la amada hasta la hora del alba en que ella ansiosa deja el lecho para recoger y guardar, como preciada reliquia, aquella simbólica ofrenda de amor del prometido. Á esta tradicional costumbre, hoy casi caída en desuso, debe sin duda esa noche su gráfica denominación de «noche de los enrames».

Y hemos visto también cómo, mediante la ayuda del religioso, aquel cadáver recibía piadosa sepultura en el recinto conventual, quedando borradas por de pronto y con el mayor sigilo las huellas de aquel delito, pues Roudón, el cómplice ó raptor superviviente, no se atrevió á delatar ante sus jefes la muerte alevosa del compañero, por temor tal vez á participar del castigo... ¡Que una conciencia abrumada por el peso de la propia culpa, suele resultar impotente para la delación del delito ajeno!..

Aunque por una aberración inconcebible de ciertas leyes sociales y naturales, casos se registran sin embargo en los anales y en la «psicología» del crimen, en que vemos actuando de acusador al delincuente, al inocente de reo y al prevaricador de verdugo.

Y no hay por qué apelar, en confirmación del aserto, al testimonio del gran Lombroso. Algo muy parecido podremos ver aún nosotros en el curso de nuestra historia.



V

Después de la invasión

Me olvidé de consignar en alguno de los capítulos anteriores, que el vecindario gozó en esta ocasión de relativas consideraciones por parte de la columna invasora, merced debida á la galantería de su jefe, Sr. Barón de Spar.

Era la segunda ó tercera vez que el noble coronel francés posaba su planta en Vélez-Rubio, cuya situación especial en el centro de la vía militar que ponía en comunicación las regiones de Cataluña y Levante con Granada y otras provincias andaluzas, le hizo por desgracia constante objeto de las incursiones de ambas fuerzas beligerantes, hasta el punto de ser designado, primero, para cuartel del estado mayor del cuarto cuerpo del ejército invasor, al ser ocupado por éste

el reino de Granada, y después para cantón de las gerrillas del coronel D. José Villalobos así como para cuartel de la caballería y vanguardia del tercer ejército nacional al mando del mariscal de campo y comandante general interino, D. Manuel de Freire (1).

El coronel Spar recordaba sin duda aquellas horribles escenas de sangre y exterminio, de robos, incendios y violaciones á que hubo de entregarse en una de sus anteriores incursiones la inhumana soldadesca. La santidad de nuestros hogares había sido vilmente mancillada entonces, y hasta la paz de los sepulcros y la respetabilidad de los santuarios objeto de sus profanaciones sacrílegas.

Hay que añadir, en honor á la verdad, que alguno de éstos escesos fueron reprimidos con mano enérgica y justiciera, llegando hasta fusilar en el camino de Chirivel á varios de aquellos desalmados (2). Mas esto no

(1) El comandante general del citado 4.º cuerpo de ejército francés lo era el célebre mariscal Soult, duque de Dalmacia, cuya caballería y vanguardia, mandadas por el conde de Laval, estuvieron acantonadas en Vélez-Rubio por espacio de tres meses.

(2) Fueron éstos los autores de la muerte, ocurrida en su cortijo de los «Chaveses», de la primera



bastó á calmar la justa indignación del honrado pueblo, que impotente para vengar públicamente tamaños desafueros, supo convertir el interior de sus hogares en mudos testigos de trágicas y misteriosas escenas de represalias, y más de un pozo ó corraliza sirvió de tumba ignorada á muchos de aquellos sicarios.

Mas en esta ocasión, decimos, el Barón de Spar mantuvo á sus soldados dentro de la más exquisita corrección disciplinaria, concretándose á imponer al vecindario una fuerte contribución en metálico y á llevarse en rehenes (12 de Abril) á algunos vecinos significados, á los que retuvo prisioneros en el castillo de Cúllar en tanto que no le fué satisfecho el total de aquélla. Á los concejos de Vélez-Blanco y María les impuso también otro tributo en especie para el suministro de sus tropas, consistente en seis mil raciones de pan, carne y vino, mil setecientas de cebada y mil arrobas de paja, conminándoles con severas medidas de rigor en sus personas y haciendas de no ponerlo todo á su dis-

esposa de D. Julián López de la Serna, bella y heroica dama, que prefirió morir á manos de aquellos malvados antes que ver ultrajado su honor.

posición en el preciso y perentorio término de ocho horas. Inútil será añadir que los susodichos pueblos juzgaron prudente dejar cumplimentada en todos sus extremos y dentro del plazo prefijado, tan apremiante y severa demanda.

Cuéntase que al regresar de Vélez Blanco uno de los soldados portadores de la orden, se confrontó en las cercanías de Vélez-Rubio con un coadjutor de ésta parroquia que á su vez tornaba del campo de administrar el Viático á un enfermo, sin más séquito que un modesto y ya regranado acólito,

Detuvo el militar al sacerdote, y, después de palpar con irreverencia sus vestiduras, la intimó la entrega del relicario ó «copón» que había contenido la sagrada forma y que el ministro del altar mantuvo hasta entonces cuidadosamente oculto.

El cura, con afectada mansedumbre, simuló acceder de buen grado á tan extraña petición; más para mayor seguridad del demandante suplicó á éste que le acompañase hasta la Iglesia, en donde, sin escándalo ni violencia para nadie, le haría secreta entrega de la codiciada alhaja.

De perlas le pareció al soldado la estudia-

da proposición del eclesiástico, como que ella le eximía de la necesidad de hacer partícipe del despojo á ninguno de sus compañeros.

La puerta principal y laterales del templo permanecían herméticamente cerradas durante la estancia de los franceses, hasta el punto de que el servicio parroquial tenía que efectuarse por el postigo exterior del *Panteón* (bajos de la Sacristía), así denominado entonces porque servía de enterramiento para los clérigos.

Por este postigo, pues, penetraron el cura y el militar, siempre seguidos del acólito... Más, oh! sorpresa, al llegar la «comitiva» al obscuro pasillo que por dicho recinto daba y aún dá acceso al interior de la Iglesia, un misterioso puñal, blandido en las tinieblas, vino á dar buena cuenta de aquel audaz esbirro, de cuya suerte y paradero como es natural nada volvió á saberse.

Muchas páginas podrían llenarse con episodios de esta naturaleza á que diera lugar la osadía de los soldados del imperio, episodios cuya fiel narración nos tramitieron los ancianos, sus propios protagonistas, mas ello nos desviaría del objeto de este libro.

La marcha, pues, de la citada columna francesa y la inmediata llegada de la caballería y vanguardia del tercer ejército nacional de operaciones al mando del ya citado mariscal de campo D. Manuel Freire, devolvió por completo la calma á los pechos veleznos, cuyos hogares ya no se vieron hollados por la planta del «invasor» hasta el 11 de Septiembre inmediato, en cuya fecha penetraron por última vez en Vélez-Rubio, abandonándolo definitivamente el día 26 del mismo mes, para unirse al grueso del ejército francés de Andalucía que iba ya de retirada.

Pocos meses después los campos de Vitoria servían de sangriento y glorioso epílogo á la grandiosa y memorable «epopeya» de la Independencia.

Repuestos ya los espíritus y sin temor á nuevos sobresaltos con la grata nueva de haber repasado el Pirineo los últimos restos de aquellas turbas uniformadas, la musa popular consagróse aquí como en casi todos los ámbitos de la península, á «cantar» las proezas y el patriotismo de aquella generación heroica, que tan alto ejemplo legó á la Historia, luchando por el santo ideal de la

independencia, de la religión y de las libertades patrias.

Los poetas velezanos de principios del siglo XIX, para no ser menos, pulsaron también su plectro, que si no era de oro, porque llamarlo así sería lastimar ciertas modestias de ultratumba, entre las protestas de nuestros abuelos, supo á lo menos entonar la nota simpática del patriotismo entre las explosiones ruidosas de pechos comprimidos hasta entonces por las tiranías de un invasor despótico y sin entrañas.

Varias fueron las composiciones poéticas que circularon de mano en mano entre una muchedumbre ávida de tales expansiones, después de tres años de torturas y forzada esclavitud material, no más que «material», porque en el fuero de sus conciencias jamás rindieron homenaje al invasor, prefiriendo, en ocasiones, la ruina de sus intereses y aun la muerte con la cerviz erguida, al bienestar transitorio que hubiera podido proporcionarles la traición y el perjurio de su fé, de su patria y de su rey.

Una de estas composiciones, la más popular y la única que mereció ser esculpida por acuerdo del Concejo en dos lápidas conme-

morativas, colocadas á los costados del balcón principal de la casa Ayuntamiento (1), era debida á la inspiración de Fr. Cristóbal.

El reverendo padre Guardian no podía olvidar que bajo las anchas bóvedas de su convento, habían resonado con escándalo los piafidos de la caballería francesa, y que por aquel sagrado pavimento, profanado por el casco de los corceles, habían rodado un día imágenes, alhajas y los ornamentos del culto (2).

Tampoco podía olvidar el buen religioso que aquella «chusma» desenfrenada, había quemado un precioso retablo dorado de la capilla de Jesús Nazareno, «desenterrando y llevándose también cuantas alhajas de copones, lámparas, arañas, cálices, vinajeras, etc.» había allí para el culto, y destruido además los monumentales libros del coro, el

(1) Estas lápidas existieron de muy antiguo en la fachada del Ayuntamiento y contenían signos señoriales que fueron borrados en 1809 de orden de la Regencia.

(2) Entre las varias imágenes que sufrieron los efectos de esta profanación vandálica, figura la de Jesús Nazareno, y un San Antonio de Padua, hermosa escultura de Salcillo que, convenientemente restaurada, aún se venera en su capilla titular del expresado convento (hoy de Benedictinas).

órgano y la rica biblioteca del Convento, reconstituida parcialmente después de la invasión con los restos maltrechos de la misma «recogidos con gran trabajo de bodegas, guardillas, huertas y campos» (4).

Y no satisfecho el Padre Cristóbal con anatematizar desde el púlpito y el confesionario la nefanda memoria de aquellas turbas sacrilegas, pulsó también su lira para condenarlas con el ritmo métrico en dos sencillas octavas reales, que creo necesario transcribir aquí, porque ellas han de facilitarnos luego el desenlace de nuestra historia.

Decían así:

«Yo soy villa leal, siempre obediente;
del Tirano jamás admití el mando;
mirélo con horror, hícele frente;
ni le juré ni estuve de su bando;
se me vió pelear constantemente
por mi Ley, por mi Pátria y mi Fernando:
Y si el francés por fuerza me oprimía,
al levantar su pié mi cuello erguía.

«Delante de sus tropas alzé el grito
y juré de mi Ley el libro santo;

(4) Así se lee en una información oficial acerca del número de religiosos y de los bienes y enseres pertenecientes á la comunidad, practicada de orden superior en 18 de Julio de 1821.

lo oyen y la rabia les excito
de ver que, al tiempo que mi voz levanto,
«¡viva Fernando séptimo!», repito,
y auxilios mil le doy... ¡Quién hizo tanto!
Admirado el lector de gozo exclama:
«¡Merece Vélez-Rubio eterna fama!».

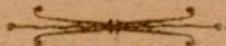
«Ácaso no falte quien, después de tantos años—escribía en cierta ocasión nuestro difunto paisano D. J. Ballesteros (1)—encuentre en las octavas algún defecto inherente á toda obra humana; pero rogamos tenga en consideración lo que puede el tiempo sobre un cuadro por frescos y bien combinados que los colores salgan de las manos del artista, máxime si á éste se le han retirado las simpatías».

El municipio, impulsado más bien por su sabor patriótico y por el recuerdo que simbolizaban que por su escaso valor literario, se aventuró á someter estas estrofas á la censura del Secretario de Gobernación, y éste señor contestó con la mayor ingenuidad en expresivo oficio que se leyó en cabildo abierto del 18 de Marzo de 1814, que ambas merecían su aprobación y aplaudía el acuer-

(1) Véase «El Faro de Vélez-Rubio», 1.^a época, págs. 69 y siguientes.

do del Concejo de esculpir las en dos lápidas para ser colocadas en la fachada del edificio consistorial.

Allí se pusieron, en efecto. Y allí permanecieron, adosadas á dos pequeños marcos de escayola cuyas señales aún conserva la pared exterior del vetusto caserón de la Villa, de donde fueron arrancadas, diez años después, de orden del general francés conde de Molitor, como veremos más adelante.



VI

El Padre Cristóbal

Ya es razón que digamos algo acerca de la personalidad saliente de nuestro protagonista: de aquel ejemplar y venerable religioso que, por sus virtudes y su ciencia, llegó á ser un día el oráculo de los velezanos. Gracias á su celo por la difusión de los buenos estudios, la cultura local recibió un impulso gigantesco á principios del siglo XIX que abrió nuevos horizontes á la selecta juventud de aquellos tiempos.

Desde 1762 existía en el Convento de San Francisco una cátedra pública de Gramática que fué establecida á petición del Concejo y por mediación del señor territorial de los Vélez. Mas esta cátedra única, parecióle al P. Cristóbal campo harto mezquino para el pasto intelectual de sus educandos; y enton-

ces, merced exclusiva á su labor y fecunda iniciativa, surgieron aquellas otras áulas de Lógica, Física, Metafísica, Etica, Retórica y Teología Moral, desempeñadas por sabios maestros venidos ex-profeso de otros Colegios de la orden, y por las cuales desfilaron, por espacio de un tercio de siglo, los escolares velezanos que aspiraban luego á la toga, á la milicia, á la vida monástica ó al sacerdocio secular.

Este amor por la educación y el desarrollo de las inteligencias y de los espíritus, unido á su comportamiento heroico durante el luctuoso periodo de la primera invasión francesa, bastó á colmar aquel concepto de santidad y sapiencia, de patriotismo y abnegación cristiana que le hicieron objeto constante de las simpatías y de la veneración de sus subordinados del claustro y de todas las clases sociales de la villa.

Mas de un velezano logró salvar su vida y su hacienda de las «garras» de los sectarios armados del perturbador de Europa, gracias solamente al ingenio, á la diplomacia ó á la protección del religioso. El que nada procuraba para sí, no vaciló jamás en arriesgar su persona y aun los intereses de su monasterio

en provecho de los extraños.

En cierta ocasión libertó con su «peculio» á una familia distinguida que se hallaba en rehenes en poder de los franceses; y en otra acudió á prosternarse ante el mariscal Horacio Sebastiani en súplica de que fuese revocada una sentencia de muerte recaída sobre un centineia de las fuerzas invasoras acantonadas en Vélez-Rubio, acusado del delito de infidelidad y soborno en la custodia de un prisionero de guerra muy conspicuo (1).

Aquella sentencia cruel pesaba como losa de plomo sobre la conciencia de Fr. Cristóbal, porque el acusado era inocente y él, el religioso, el único culpable de haber facilitado hábil y sigilosamente los medios para

(1) Era éste el coronel jefe del Regimiento provincial de Lorca D. Juan Potous y Moxica, que fué batido y preso por los franceses en las cercanías de Vélez-Rubio, entre ésta villa y el castillo de Jiquena. Este encuentro tuvo lugar el día 20 de Abril de 1810 y fué funesto para los lorquinos y velezanos, muchos de los cuales sucumbieron en lucha heroica con un enemigo muy superior en número y en armamento. El paisanaje armado de Lorca, precedido de cien tiradores de Cádiz, no tardó en tomar la revancha de esta derrota, pues el 16 del mes siguiente salía de nuevo al encuentro de la «vanguardia» de Sabastiani, obligándola á batirse en retirada y á retroceder á esta villa.

la evasión... De no haberse mostrado el caudillo francés, como se mostró por fortuna, tan propicio al perdón y á la clemencia, Fr. Cristóbal ¿hubiera pagado ciertamente con su vida aquel rasgo de abnegación y humanitarismo evangélico.

Empero donde más dejó sentir su bienhechor influjo fué en la esfera social y aun en la esfera doméstica.

No se registró disensión alguna que perturbara la paz de los hogares, que él no se apresurase á apaciguar. Todo conflicto provocado por la lucha de pasiones, por el choque de intereses ó por diferencias de familia era sometido á la amigable componenda de fray Cristóbal, cuyo fallo resolutorio se acababa sin protesta por los contendientes, como si él asumiese toda la fuerza y toda la eficacia de una sentencia irrevocable, definitiva y justa.

Dotado de aquel espíritu evangélico, mezcla de entereza y mansedumbre, de caridad y desprendimiento, que debe caracterizar al verdadero sacerdote cristiano, mereció ser elevado, joven aún, á la prelación de una selecta y nutrida comunidad de frailes recoletos de la menor observancia de S. Francisco

de Asís, de aquellos populares y modestos religiosos «que, si en otras partes no, *aquí fueron ejemplares en ciencia y virtud*», según escribía hace treinta años un anciano respetable, coetáneo de aquéllos, el Sr. Ballesteros, antes mencionado.

Sóbrio, con el ascetismo de un anacoreta, y rígido observador de su regla, á la vez que jovial, sociable, de palabra dulce, familiar y persuasiva, de figura esbelta y atractivo semblante, su vida de religioso fué un constante ejemplo práctico de sus predicaciones en el púlpito; su celda un público consultorio, y su confesionario el santo redil apostólico ó el benigno tribunal en torno del cual se agrupaba, en busca de luz para sus conciencias y absolución y consejos, desde lo más encopetado á lo más humilde de la sociedad velezana del primer cuarto de siglo.

Al par que las consideraciones del feligrés pudiente, su caridad y liberalidad evangélicas le valieron las bendiciones del necesitado. Demandaba sin reservas el óbolo del rico para socorrer al menesteroso. Durante su larga prelatura monacal rebosaron los cobrizos calderos en que se condimentaba cuotidianamente la tradicional y nutritiva *sopa*

del Convento. Alguno de mis lectores habrá oído decir seguramente á sus abuelos, que mientras vivió el Padre Cristóbal no hubo pobres hambrientos ni en la población ni en el campo.

Esta santa prodigalidad le ocasionó más de una «cariñosa repulsa» del hermano despensero Fr. Juan Gil, que veía con frecuencia cómo quedaba exhausta de todas provisiones la despensa destinada á la manutención de una Comunidad de más de cuarenta religiosos, entre tonsurados y legos (1).

—Dios proveerá, hermano,—era la única observación que se le ocurría en tales aprietos al bondadoso padre Guardián.

Y, con efecto, Dios proveía de ordinario á esta sencilla confianza en su Providencia divina, pues noticiosos los vecinos devotos de estas situaciones críticas del Convento, en veinticuatro horas quedaba repuesta su despensa de harina, aceite, jamones, quesos y otras *vitualas*...

Al evocar la memoria de este dechado de

(1) En 1801, esto es, á raíz de su exaltación á la Guardianía, constaba la Comunidad de 27 religiosos profesos, 7 legos y 3 donados, seis syndicos y tres demandantes.

perfecciones monásticas, valiéndome para ello de las reminiscencias que conservo de la «narración» de mi abuela y de los datos comprobados por mí propio en los archivos, se me viene á la mente la sugestiva figura de aquel otro Fray Cristóbal tan magistralmente descrita en su *I promessi sposi* por el inmortal Manzoni, el eximio pintor de la peste de Milán. Aquél, como éste, halló las más gratas complacencias de su epíritu en el ejercicio de las virtudes cristianas, en la asistencia de los moribundos y en la protección de los desvalidos; obligando á humillar unas veces la cerviz del opresor y del poderoso ante el terrible anatema del «más aliá» fulminado entre nubes de fuego desde la cumbre del *Sinai*, ó derramando otras en las conciencias las sencillas é inefables máximas de aquel sublime Código sellado desde la cima de otro Monte por la propia sangre del Cordero Inmaculado, para consuelo de los débiles, y de los oprimidos: el Evangelio cristiano.

Un varón que, por sus excepcionales virtudes, tan decisiva influencia ejerciera en los espíritus, debió excitar la rivalidad de los déspotas y de los soberbios hasta con-

eluir por crearse sus detractores, como en efecto los tuvo; pues, desgraciadamente, la pasión de la soberbia, de la envidia y de la maledicencia, suelen rebelarse de ordinario contra el imperio de la razón, ó contra las prerogativas de la virtud y del talento, viniendo todo ello á casi constituir un mal endémico en las poblaciones de pequeño vecindario.

Mas esta deberá ser ya materia del capítulo siguiente.



VII

Una denuncia y una sentencia

Los hechos que van á ser objeto de este capítulo alcanzan ya la respetable antigüedad de un siglo exacto. Pertenecen, pues, de lleno al dominio de la crítica y de la historia.

Era el atardécer de un sábado del mes de Enero de 1804. El Padre Cristóbal oraba en su celda prioral ante una preciosa escultura del serafín de Asís, el santo fundador de la orden franciscana. Sobre el pequeño altar, que le servía á la vez de reclinatorio, yacía abierto un vetusto ejemplar del *Kempis*, encuadernado en pergamino.

Absorto en su oración y en su lectura, ni siquiera notó que una lágrima surcaba sus mejillas, yendo á posarse sobre las hojas amarillentas de este libro inimitable. Aquella lágrima titiló á la indecisa luz del cre-

písculo, como gota de bálsamo brotada de un alma fundida para el holocausto é impregnada de las purísimas ambrosías de un altruismo evangélico...

El religioso lloraba y leía... leía esta página de oro, que tanto se adaptaba en aquel instante al estado acongojado de su espíritu:

Prepárate, pues, para la batalla, si quieres lograr la victoria.

Sin pelear no podrás alcanzar la corona de la paciencia.

Si no quieres padecer, renuncia á la corona; más si deseas ser coronado, pelea varonilmente, y sufre con paciencia.

Sin trabajos no se puede llegar al descanso, y sin pelear no se alcanza la victoria.

Haced, Señor, que pueda yo con vuestra gracia lo que me parece imposible por mi naturaleza.

Vos sabéis cuán poco sé padecer, y que la mis leve adversidad me abate.

—¡Basta!...—musitó fray Cristóbal interrumpiendo bruscamente su lectura é irguiéndose con entereza.—Lucharé, puesto que Dios me lo ordena, hasta que logre con-

fundir esa infamia que la maldad urde contra mi inocencia... ¡El soberano Juez de las causas justas estará conmigo!...

Sepamos ahora á qué obedecian estas inquietudes y zozobras del religioso.

Ya dijo Schopenhauer que «el principal origen de la malevolencia es la «envidia», esa especie de pesar que ciertas almas experimentan á la vista de la dicha, de la prosperidad y de los triunfos de otro. Pero es soberanamente irreconciliable y mala, cuando está excitada por cualidades personales, porque entonces no queda ninguna esperanza envidiosa». Y el insigne Petrarca decía también que «parece que se envidia, más que á otros, á aquellos que se elevan por la fuerza de sus alas y se separan de la jaula donde otros permanecen encerrados»,

¡Pasión insana, que así emponzoñas el corazón humano señoreándote de su flaqueza!

Algo de esto debió ocurrir á los pocos detractores que tuvo el P. Cristóbal, los cuales no veían sin duda con buenos ojos que un simple Guardián de Recoletos gozase de una popularidad tan justificada y, sobre todo, de una influencia tan decisiva en la vida íntima y social de los veleznos, influencia que

se dejó sentir en ocasiones y con bienhecho-
ra eficacia, hasta en la esfera oficial y en los
negocios públicos de la villa.

Y entonces concibieron el satánico pensa-
miento de combatir y anular aquel inmacu-
lado prestigio, por medio de un arma vil,
puesta con deplorable frecuencia al servicio
de la misma envidia, de la soberbia ó del
despecho herido: ¡la calumnia!

¡Y cosa extraña!.. La propia autoridad lo-
cal, es decir, la salvaguardia augusta del
orden y del bienestar de los ciudadanos, fué
la designada para concertar y dar forma á
ésta punible obra de difamación.

Con efecto: tres individuos de los más ca-
racterizados del Concejo, elevaron al Su-
premo Consejo de Castilla, una representa-
ción firmada denunciando la «conducta» de
Fray Cristóbal, «quien por sus intrigas y
»maquinaciones—decían—se hizo reelegir
»en su Guardianía varias veces; y olvidado
»de las constituciones de su regla, carácter
»religioso y moral cristiana, perturbaba la
»tranquilidad pública; se ingería y hacía
»partidario en cuantos negocios civiles tem-
»porales ocurrían, fomentando con ellos las
»mayores disensiones, y otros males ajenos

»de su profesión, con los que tenía dividido
»al Pueblo en partidos y expuesto á el más
»funesto acaecimiento (1)».

Infamia horrenda que provocó, luego que
fué conocida, el escándalo y la indignación
del vecindario, y aun la propia retractación
del más significado de sus autores, quien en
15 de Febrero del referido año 1804, se diri-
gía de nuevo á aquel alto tribunal en súpli-
ca de que se diese por retirado su nombre de
la denuncia incoada contra el Guardián de
San Francisco, alegando que había sido sor-
prendida su buena fé y calificando á aquélla
de «calumnia tramada por fines particulares
»de algunos enemigos declarados de éste,
»pues su conducta religiosa era y había sido
»irreprensible; y no podía menos el expo-
»nente de retractarse como se retractaba en
»honor de la verdad y descargo de su con-
»ciencia, y para que la estimación del cita-
»do religioso no quedare vulnerada injusta-
»mente y si en el lugar que tenía y se me-

(1) Este documento lleva la fecha de 11 de Enero de 1804, y lo suscriben el procurador síndico general, el personero del común y uno de los dos Alcaldes ordinarios que entonces presidian el Concejo. Me reservo sus nombres por azones que no se ocultan á la discrección de mis lectores.

»recía por su acendrada conducta».

Pero el Real y Supremo Consejo de Castilla fué inexorable para con los falsos delatores. Tanto que en 1.º de Abril de 1805, después de instruida y depurada la consiguiente información testifical, en la que resplandeció más y más la edificante y acrisolada virtud del denunciado, dictó sentencia firme condenando á dos de ellos á doscientos ducados de multa, cada uno, é inhabilitación por seis años para empleos de República; y al tercero, esto es, al retractado, al pago de las costas mancomunadamente con aquéllos, previniéndosele además por el tribunal sentenciador *«que en lo subcesivo procediese con mayor circunspección y cautela en prestar su firma para evitar que con ella se apoyen imposturas que le hagan acreedor á mayores penas»*.

Cuéntase que el Padre Cristóbal redactó por sí propio su defensa personal, de forma tan acabada y brillantísima, que su lectura hizo exclamar á uno de los Consejeros de aquel elevado tribunal: «He aquí un fraile que honraría la toga del magistrado tanto como el modesto sayal del monge».

.

Seis años después de este ruidoso proceso caía mortalmente herido por los franceses uno de los firmantes de la anterior denuncia. Súpolo el religioso y corrió espontáneamente á situarse á la cabecera del lecho del doliente, al que, ya oficiando de médico, ya de enfermero, logró salvar la vida con sus solicitudes y cuidados.

¡Así vengan las almas grandes, templadas en el espíritu de abnegación del Evangelio, las ofensas que reciben de sus detractores!..

Por eso tal vez, durante los años que sobrevivió el ofensor á su inocente víctima, aquél se descubría respetuosamente cada vez que se evocaba en su presencia la memoria y el nombre venerandos del Reverendo Padre Guardián.

Este y otros casos mil de amor, de perdón y abnegación sublime de que está saturada la historia de nuestras órdenes religiosas, debiera mostrárseles á esos implacables anatomistas del corazón humano que exploran sólo bajo el humilde ayal un flaco latido de la humana naturaleza, para herir con él el concepto general del sacerdocio monástico; á semejanza del reptil inmundo que no busca más que el miembro desnudo y vulnera-

ble para morder sin piedad y transmitir desde él el virus mortal al organismo entero.

¡Como si un tosco hábito de burda lana tuviese en sí el mágico poder de inmunizar al hombre en los recios embates de la pasión contra la fragil envoltura del espíritu!..

¡Dejad en paz á esos que practican la caridad evangélica, «orando siempre por los que no oran nunca», como dijo el gran Victor Hugo; á los que, no pudiendo soportar impasibles el excepticismo de su siglo, prefieren sepultarse en la soledad de una celda para abogar desde allí por los hombres cerca de Dios, «ya que no pudieron abogar por Dios cerca de los hombres», como escribió Chateaubriand en su biografía de *Rancé*, el austero reformador de la Trapa.

Ó, antes de que os resolváis á execrarlos, pronunciad con veneración los nombres inmarcesibles de fray Rogerio Bacón y fray Juan Duns Scoto, aquellos dos prodigios de omnisciencia que predijeron en pleno siglo XIII casi todas las modernas conquistas de la ciencia y el progreso. Ó acordaos, á lo menos, de fray Luis de Granada y fray Luis de León, de fray Tomás de Aquino y fray Juan de la Cruz, de fray Diego de Cádiz y fray Vicente

Ferrer; de fray Guido de Arezzo, el genial inventor de la escala musical, y fray Tomás de Celano, el autor inspiradísimo del *Dies iræ*, el más patético y sublime de nuestros cánticos litúrgicos; de fray Ambrosio Montesinos, fray Pedro de Alcántara, fray Alonso de Fonseca, Lope de Vega, Tirso, Feijoo, y de tantos otros *gigantes de cogulla* como brillan con nimbos de inmortalidad en el áureo cielo del arte y de la poesía, de la erudición, de la filosofía y de la elocuencia.

Y descubríos también con respeto ante aquel Fray Cristóbal, apóstol de la caridad un día entre los apestados milaneses, ó ante este otro Fray Cristóbal, árbitro también un tiempo de las conciencias y del bienestar de un pueblo.

Ambos vistieron y enaltecieron con sus virtudes el áspero sayal de aquella milicia ascética que, «dignificando la pobreza, predicaba prácticamente una igualdad democrática mucho más humana que las teorías del moderno socialismo, pues levantaba á los humildes y abatía á los poderosos, confundiendo á todas las clases en una fraternidad social bajo las bóvedas de sus Iglesias, donde se codeaban los grandes y los

«pequeños, los ricos y los pobres, fortalecidos todos con la misma fé, unidos todos en la religión divina del más humilde de los hombres», como ha dicho galanamente un escritor contemporáneo (1).

Recordad, por añadidura, que esa humilde religión seráfica supo dar en España protección y asilo al descubridor de un mundo, á la patria un gobernante como Jiménez de Cisneros, mártires y santos á los altares, héroes y figuras á la historia, contribuyendo ostensiblemente á nuestro engrandecimiento político, militar y literario.

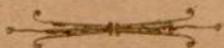
Y no olvidéis, por último, que en esa misma falange evangélica, legada á las vicisitudes de los siglos por el místico Patriarca de Asís, han figurado con gloria, al decir de sus cronistas é historiadores, hasta veintiséis reyes, príncipes é infantes de diversas dinastías europeas, y más de sesenta reinas y princesas reales, todos los cuales trocaron el manto de púrpura y los brocados del trono por el obscuro sayal franciscano, acabando sus días en las austeridades de una celda.

Y entonces... ¡y sólo entonces!.. pregun-

(1) D. Albano Martínez Molina, en su Prólogo á la *Historia de Jumilla* del Dr. D. Juan Lozano.

tad á la moderna y pujante demagogia por qué insiste en arrojar el estigma de la maldición y del oprobio sobre el proceso histórico de nuestros claustros religiosos, á pretexto de que éstos gozaron de una ingerencia tal vez escesiva en el orden civil, impuesta por el carácter de los tiempos y por la preponderancia de un despotismo teocrático....

Ahora perdóneseme esta digresión y reanudemos el hilo de nuestra historia.



VIII

Un encuentro inesperado

Nueve meses habían transcurrido á partir de los sucesos que dejamos relatados en el capítulo IV, cuando una noche llegó sigilosamente á manos de Fray Cristóbal la siguiente lacónica misiva:

Mi reverendo Padre: necesito urgentemente de vuestros eficaces auxilios y de vuestra paternal bendición. Vos que jamás cerrásteis el oído al llamamiento de la desgracia, ¿desoiréis esta súplica postrera de la más desventurada de las criaturas?..... Acudid con presteza. Os lo ruega una madre moribunda.
—Calle de.... número.....

—Es extraño—pensó para sí el religioso, pasando de nuevo la vista por el misterioso papel....

Las señas coincidían exactamente con las

del domicilio de Carlota.

Eran las diez de la noche y acababa de celebrarse el nocturno rezo de coro. El Padre Guardián ordenó al hermano campanero que diese el toque reglamentario para que la Comunidad se retirase á la oracion mental y al reposo.

Cumplida que fué la orden, Fray Cristóbal descendió pausadamente por la amplia escalera que desde el piso superior, donde se hallaba situada la celda prioral, conducía al claustro bajo, y se encaminó á la Sacristía con el propósito de llevarse consigo el sacramento de la Extremaunción. Luego penetró en el presbiterio, postrándose de hinojos ante el altar de la Concepción, la ideal escultura de Salcillo, en donde oró breves momentos.

Al posar su planta, después que terminó su rezo, en el pavimento de la anchurosa nave del templo para dirigirse á la puerta de salida, una sombra le salió al encuentro, destacada del fondo de la capilla de San Antonio de Padua, ténuemente alumbrada por la débil luz de una lámpara.

—La páz de Dios sea con vuestra reverencia.—murmuró aquello que, á tales ho-

ras y velado por la misteriosa penumbra del santuario, parecía un espectro de ultratumba.

—Ah, sois vos, Carlos?..

—Si, padre, os esperaba.

—¿Y para qué, y en este sitio?

—Para impedir que déis cumplimento á esa esquila que habéis recibido y que no he podido evitar que vaya á vuestras manos... Esa que os llama es mi hija.

—¿Y qué?..

—Que es preciso que no vayáis.

—¡Desventurado!..—exclamó asombrado el religioso.—¿Quién eres tú para interceptar los auxilios de la gracia que reclama una moribunda?

—¿Y preguntáis quién soy?.. ¡Soy su padre, el autor de su existencia y la víctima de su deshonra!.. ¿Os parece poco?

—Pues nada de eso te dá derecho á impedir que llegue el postrer consuelo á un alma tan pura como desgraciada y que sólo á Dios pertenece.

—Es que sin duda no sabéis...

—Acaba pronto...

—Carlota ha dado á luz...

—Lo sospechaba.

—¡Si lo viérais!... ¡Es un retrato fiel de aquel malvado!

—Y bien...

—Que Carlota se muere... y en el extorcer de su agonía os llama para que le prohijéis el fruto de sus entrañas.

—¿Pues y tú, su padre?..

—¿Yo?... ¡horror... ¡eso nunca!.. No, padre mío, si ella muere he jurado hacer desaparecer todo vestigio...

—¡Calla... sacrilego... y no profanes este santuario con esa frases satánicas que acusan en tu conciencia el germen de otro delito!.. Nadie más obligado que tú á velar por esa tierna existencia, puesto que así la Providencia lo dispone en sus sabios é inexcrutables designios... Eso no ha de deshonorarte ni mancillar la memoria de tu hija, porque los actos de humanidad redimen hasta del crimen... al modo que un arrepentimiento sincero nos releva, á los ojos de Dios, hasta de la pena del pecado... Mataste una vez en un arrebató de ciega y disculpable demencia; al bienhechor influjo de la divina gracia brotó el perdón para tu ofensor en medio de las zozobras de tu espíritu... Entonces, juzgándote arrepentido, hice descender sobre

tu frente el perdón y la absolución del cielo..... Hoy, ¡perjuro!, vuelve á surgir en tu pecho, con infernal vehemencia, el fuego del rencor y de la venganza que yo creía extinguido para siempre... ¡Horror!.. Y ahora pretendes inmolar á la inocencia en aras de un falso respeto humano, para que Dios te confunda eternamente y Carlota te maldiga desde el cielo... Esa sería tu verdadera deshonra, ¡esa!.. ¡Otro crimen! ¡Oh, nunca! Esa pobre criatura tiene derecho á la vida... y yo velaré por ella.

—¿Vos?..

—¡Sí!... Y puesto que tú, incompasivo, lo repudias, ¡yo seré su padre!...

Hubo unos instantes de silencio. Las palabras insinuantes de Fray Cristóbal, habían engendrado una lucha de afectos, súbita, irresistible, en el pecho de D. Carlos, cuyos labios, trémulos por la emoción, negáronse ya á impugnar con la frase, la elocuencia persuasiva del sacerdote. Éste acababa de pulsar con fino tacto la fibra más sensible y delicada de aquel espíritu fluctuante y dolorido. Porque al fin D. Carlos era padre, era creyente y era cristiano; y aquellas santas convenciones, pronunciadas á media voz

y en la nocturna soledad de un templo, tenían para él el acento misterioso de lo desconocido, algo así como un fallo aterrador de la Justicia divina, y habían sonado en su alma cual eco imponente de la postrer plegaria de una hija desventurada que en aquel solemne instante se preparaba á trasponer los umbrales de la eternidad, dejando el fruto de sus entrañas privado de todo afecto de familia y en medio de la orfandad más desoladora...

Don Carlos cayó postrado de hinojos á los piés del religioso, é interrumpiendo con sus entrecortados sollozos el tétrico silencio del santuario, prorrumpió en sinceras exclamaciones de pesar y contrición que devolvieron la calma al corazón elemente y bondadoso del padre Guardián.

—¡Perdón, padre mío!...—le dijo—Sí; yo seré su padre, lo seremos los dos, y él nuestro hijo, mi hijo, el hijo de mi Carlota. ¡Perdón, perdón!..

Fray Cristóbal, por toda respuesta, elevó su mirada hacia la bóveda del templo en actitud de gracias; y con la misma apostólica indulgencia que nueve meses antes, volvió á tender sus patriarcales manos, modeladas

para el perdón y para la misericordia evangélica, sobre la cabeza de aquel padre compungido...

—Ahora—exclamó—no perdamos tiempo; tu hija nos espera... ¡Tal vez sea ya un cadáver!..

Diez minutos después penetraban en la estancia de la joven madre moribunda. La presencia de ambos personajes reavivó por un momento aquellos ojos velados ya por el soplo de la muerte.

—¡Gracias, padre mío!..... ¡Gracias, Fray Cristóbal!..—exclamó con acento ya apenas perceptible.—¡Oh!.. el corazón me anunciaba... que el cielo no podía negar... este consuelo á mi alma... que hasta este instante... no se ha resuelto... á abandonar la materia...esperando vuestra llegada... Gracias otra vez... y ¡velad por mi hijo!....

Un postrer suspiro, parecido á la sonrisa de los ángeles, se dibujó en los labios de Carlota y su espíritu voló á las regiones etéreas...

Un raudal de llanto que brotó de las extenuadas pupilas de D. Carlos, inundaba poco después los aún tibios despojos de una hija idolatrada; en tanto que el ministro del al-

tar, de rodillas junto al mortuorio lecho, recitaba las preces de difuntos por el alma purificada de aquella mártir de su inocencia.

El fruto clandestino de la pasión criminal de un soldado de la Francia, acababa de costar la vida á una joven desventurada, víctima de su belleza y del infortunio de los tiempos.

Don Carlos, presa de la mayor desesperación, hubo de abandonar el aposento mortuorio obedeciendo á un gesto imperativo de Fray Cristóbal, quedando solos allí para velar el cadáver y disponer su fúnebre *toilette*, el religioso y la atribulada madre de Carlota, la que, en tan supremo trance, parecía un fiel trasunto de la muda imagen del dolor...

Desgraciadamente, la pobre señora tardó pocos días en seguir á su hija al sepulcro, abrumada por los pesares y por los tristes sucesos que desde nueve meses antes venían poniendo á dura prueba su maternal cariño...

El recién nacido fué confiado entonces al cuidado y á la lactancia de una nodriza del campo. Y creció, creció... entre los aromas del tomilló y el romero, lozano y robusto

como el vástago pletórico de savia, y rubio y hermoso como los querubines de Rubens, hasta que, cumplida la edad de los siete años, fué sometido por su abuelo á la educación y dirección del Rdo. Fr. Cristóbal.

.
Ahora, para irnos aproximando al término de nuestra narración histórica, será preciso dar un salto de un par de lustros, mediante el cual volveremos á hallar ocupado nuestro territorio por las funestas legiones francesas...



IX

Los cien mil hijos de S. Luis

Han transcurrido diez años desde que los últimos restos del ejército de Bonaparte, repasaron maltrechos el confín septentrional de nuestra península.

Estamos en el año históricamente memorable de 1823.

El turbulento periodo constitucional inaugurado con la revolución de 1820, tocaba á sus postrimerias.

El grito patibulario de *vivan las cadenas!* lanzado por las turbas amotinadas en las calles de Madrid, presagiaba de nuevo la abolición de aquel Código generador de las modernas libertades públicas, votado doce años antes en un estrecho recinto de la isla de León y sancionado con la sangre de nuestros abuelos, á despecho de las despóticas

legiones del Capitán del siglo, para honra y prez de la civilización y de la independencia pátrias.

Corría el mes de Junio... Hacía dos meses que, previo acuerdo de las potencias de la *Santa Alianza*, congregadas en Verona, (1) un ejército de «cien mil» franceses, al mando de un sobrino de su monarca, D. Luis Antonio de Borbón, duque de Angulema, había penetrado por el Pirineo é invadido el territorio hispánico á pretexto de acabar de una vez con el desorden interior, producto de un desatentado régimen de libertad que amenazaba extenderse á las demás monarquías europeas, y reintegrar de paso el trono de Fernando VII en todos los derechos y prerogativas de la monarquía tradicional, vulnerados por la revolución española.

El gobierno constitucional, presidido á la

(1) En esta Asamblea internacional fué donde el francés Chateaubriand, uno de los congregados, pronunció aquellas célebres frases: «España, nación desolada con frecuencia, ha sido funesta á los conquistadores: César, combatiendo en ella por salvar su vida, y Napoleón, éstafeta del mundo, teniendo que volver de ella á caballo, como un obscuro correo. Bo aparte, habiendo cometido la imprudencia de quitar un Rey, se encontró con un pueblo».—(Congreso de Verona).

sazón por D. Evaristo San Miguel, se había preparado á la defensa, organizando cinco grandes cuerpos de ejército, acaudillados respectivamente por los generales Mina, La Bisbal, Morillo, Ballesteros y Villalcampa.

Empero las circunstancias habían cambiado, porque ya no era unánime, como al principio del siglo, la voluntad nacional. Inclinado, como era natural, el pujante partido realista del lado de una intervención armada que venía á favorecer sus designios, la defensa común fué tan débil, que apenas obtuvo el concurso de las milicias urbanas, y mucho menos el de las clases populares, poco propicias ya á que esta guerra fuese una reproducción de la famosa de la Independencia de 1808.

Bien es verdad que no era el espíritu de conquista el que esta vez animaba á las tropas expedicionas, según una proclama dada en Bayona por el duque de Angulema el 4 de Abril, tres días antes de invadir nuestro territorio, y que decía así:

«Soldados: La confianza de nuestro Rey me ha colocado á vuestra cabeza para llenar la más noble misión. No ha puesto las armas en nuestras manos el espíritu de

»conquista: un motivo más generoso nos
»anima: vamos á restituir un rey á su trono,
»á reconciliar un pueblo con su monarca y
»á restablecer en un país, presa de la anar-
»quía, el orden necesario para la ventura y
»seguridad de ambos Estados. Soldados:
»Respetad y haced respetar la religión, la
»ley y la propiedad; así facilitaréis el cum-
»plimiento del deber que he contraído de
»mantener las leyes y la más exacta disci-
»plina.—*Luis A. de Borbón.*»

Las fuerzas invasoras no tardaron, pues, en verse dueñas sin gran esfuerzo de casi toda la península, admiradas de no haber hallado oposición verdaderamente formal en parte alguna, á excepción de Cataluña, en donde se les opuso una resistencia más seria y tenaz por el intrépido y valeroso Espoz y Mina.

Aquéllas venían distribuidas, á su vez, en otras cinco grandes divisiones, á las órdenes respectivas del duque de Regio, conde de Molitor, príncipe de Hohenlohe, Moncey y conde de Bordessoulle.

El segundo de dichos cuerpos de ejército, fuerte de 24.000 infantes y 6.000 caballos, fué lanzado en persecución de los veinte mil

hombres acaudillados por el general español Ballesteros, quien acosado primero en Navarra y Aragón, se corrió á las provincias de Valencia y Murcia, saliendo de esta última capital en dirección de Granada, y pernoctando en Vélez con su ejército en uno de los primeros días del mes de Julio del referido año de 1823.

Sin darse punto de reposo, levantó á la madrugada siguiente el campamento para proseguir su marcha por el camino de Baza, temeroso de la llegada del francés Molitor que le picaba la retaguardia, ó juzgando sin duda que no era aún oportuna la ocasión ni la estructura de este accidentado territorio para presentarle á aquél la definitiva batalla (1).

Algunos días más transcurrieron hasta la venida del ejército enemigo, acaudillado por el susodicho conde de Molitor, quien, después de dejar un regimiento de guarnición en Lorca—cuyo castillo, que estaba defendido por los nacionales, bombardeó y tomó

(1) El encuentro de ambos ejércitos tuvo lugar el 28 de Julio, en Arenas, punto situado en los confines de Granada y Jaén. Desgraciadamente la fortuna fué allí desfavorable á las tropas de Ballesteros, aunque éstas se batieron denodadamente.

en la noche del 12 del mismo mes—acampó también en Vélez-Rubio, corriéndose parte de su caballería y vanguardia hacia el poblado de Chirivel, suburbio á la sazón de esta villa.

La presencia de aquella inmensa muchedumbre uniformada, la mayor quizá vista aquí hasta entonces, y cuyas lucientes armas y bélicos arreos reverberaban en haces luminosos los rayos del sol abrasador de una tranquila tarde del estío, infundió cierta sensación de pánico y terror en el alarmado vecindario, presagio sin duda de los sinsabores que de inmediato le aguardaban.

Con efecto, no habían transcurrido dos horas desde su llegada, cuando corriéndose en tropel por los alrededores del pueblo la desenfrenada caballería invasora, quedaron bien pronto destrozadas por las bocas y cascos de los corceles las doradas y robustas mieses que yacían recién segadas en los bancales de nuestra vega, y que días antes habían respetado las tropas y la caballería españolas.

En el interior de la población estableció el general francés, también con el consiguiente susto de los vecinos, cuatro retenes

ó cuerpos de guardia: uno en el Hospital, otro en S. Francisco, el tercero en el Pósito y el último en el portal ó vestíbulo de la casa Ayuntamiento, á más de sus correspondientes vigías en los miradores de las torres de la Encarnación, para prevenir desde allí cualquier probable sorpresa ó movimiento del enemigo.

Dejemos reposar tranquilamente al nuevo «Atila», arrullado al bélico son del toque de «silencio» lanzado por las trompas y clarines de su ejército, para asistir en el capítulo siguiente al trágico desenlace de nuestra historia...



X.

El parrioida.

Contaban nuestros abuelos que el conde de *Molitor*, el egregio huésped velezano de 1823, era tan excelente *tourista* como bravo guerrero, y que, por añadidura, poseía admirablemente el español.

Á la mañana siguiente de su llegada, terminado el toque de diana, mostró vivos deseos de visitar la hermosa iglesia parroquial de la Encarnación, cuya gallarda mole había excitado su atención desde lejos la tarde anterior. A la vez deseaba contemplar las lejanías del pintoresco y accidentado paisaje que se domina desde los altos miradores de sus torres, en donde tenía situados los vigías.

Encaminóse, pues, al templo, ese grandioso templo tan justamente admirado de pro-

pios y extraños, y que, sin ser un prodigio de arte ni de arquitectura, constituye desde hace siglo y medio la gloria y el orgullo de los velezanos. Porque él no tiene «rival», ni en la esbeltez de su fábrica, ni en sus proporciones armónicas, en ningún otro pueblo de España, como que supera en belleza y en amplitud á muchas catedrales y colegiatas, siendo, por supuesto, el primero y más notable entre todos los de la diócesis. ¡Suntuoso regalo que Vélez-Rubio debe á la munificencia de un insigne prócer (1) y á la acendrada fé de sus antepasados del siglo XVIII!..

Acompañaban al general francés en su visita al templo y en su ascensión á las torres, el alcalde de la villa Don Francisco Benavente y Bermúdez, el cura ecónomo D. Manuel Gilabert y López y algunos de los jefes de su estado mayor. Media hora larga invirtieron en la excursión, que el magnate extranjero dió por bien empleada después que hubo contemplado á su placer el hermoso panorama que desde aquellas alturas se descubre...

(1) El Excmo. Sr. D. Antonio Alvarez de Toledo Ossorio y Pérez de Guzmán el Bueno, marqués de Molina, de Villafranca y de los Velez.

De un lado la roquiza sierra del *Maimón*, el vigia de los Vélez, que cual gigante matrona extiende sus faldas de esmeralda para albergar en su regazo á la más moderna y populosa de las dos villas homónimas. Del otro el *Castellón* abrupto, con sus quebrados picachos coronados por ruinosos vestigios de antigua fortaleza morisca, enhiestos aún allí como si jamás se resolviesen á dar el último «adiós» á los tiempos y á la historia, contemplando impasibles el perpétuo desfilar, en el panorama de la vida, de los siglos y las generaciones. Por la espalda, el risueño valle de *Canete*, limitado por sendas cordilleras, y partido en su centro por la vieja calzada militar de Levante á Andalucía, hoy carretera general de Granada, la que, bordeada entonces como ahora de frondosas arboledas, indica al viajero murciano el camino más recto de la antigua corte de los *Alhamares*. Por la derecha, la ondulosa sierra de las *Estancias*, baluarte un día de la cartaginesa *Anitorgis*, la ciudad de Asdrúbal, á cuyo confín oriental y casi esfumándose entre las brumas del lejano horizonte, se columbra la confusa silueta del *Cabezo de la Jara*, de aquel histórico otero que sirvió

de sepulcro legendario á las cenizas de Cneo Scipión, el derrotado caudillo de las legiones romanas. Y por el frente, erguido en medio de fértil y anchuroso valle y á guisa de centinela avanzado del traicionero *Wad-ad-letín* (Guadalentín), el derruido torreón del imponente castillo de *Xiquena*, testigo remoto de la soberbia de un infante de Castilla y de los sangrientos choques de dos reinos confinantes, de dos pueblos adversarios por la fè, y de dos razas fuertes, poderosas y aguerridas (1). Y todo este bello conjunto sirviendo de gigantesco marco á un fondo de perenne y festoneada verdura, en cuyo centro se levanta airosamente apiñado en derredor de suave y accidentada colina, el extenso y abigarrado caserío de una villa encantadora por su situación y pintoresca como pocas, la cual sirve de escenario á nuestra historia.

Tal es el cuadro que se ofrece á los ojos del viajero desde los miradores de las torres de la Encarnación; y claro es que nada de ello pasaría desapercibido á un observador y

(1) Recuérdese que hasta la total extinción del poderío musulmán fué este famoso castillo disputado haluarte fronterizo entre los reinos de Castilla y de Granada, pasando alternativamente por derecho de conquista al dominio de una ú otra corona.

un «tourista» tan inteligente y culto como el conde de Molitor.

Al regresar la comitiva á la espaciosa plaza que hoy lleva el nombre de la titular del templo—y que entonces, como en otras épocas posteriores, denominóse de la Constitución (1)—llamaron la atención del caudillo extranjero las octavas reales esculpidas en la fachada del Ayuntamiento y que ya conocen mis lectores.

Calóse imperturbable sus grandes espejuelos y se detuvo á leerlas.

Al llegar á aquel verso de una de las octavas:

Del tirano jamás admití el mando...

y á aquel otro:

Delante de sus tropas alzé el grito...

el general frunció el ceño y mandó llamar al oficial del retén que hacía la guardia en el edificio consistorial.

—Roudón—le dijo—es preciso que mandéis destruir esas «lápidas» sin pérdida de tiempo.

—Pronto quedaréis complacido, mi gene-

(1) Por disposición del mismo Molitor fué sustituido este nombre por el de Plaza Real, que llevó por espacio de algunos años.

ral—repuso humildemente el interpelado.

El cura y el Alcalde no pudieron disimular cierto mohín de disgusto al escuchar una orden tan apremiante como intempestiva y despótica. Más juzgando que no era prudente entonces dejar traslucir signo alguno de protesta por aquel inicuo despojo, lograron neutralizar su situación con otro fingido gesto de asentimiento.

—¡Perro!... que Dios te la cobre pronto, ya que á mi no me la pagues—se contentó con murmurar para sí la segunda de dichas autoridades locales:

Un cuarto de hora después se alejaba de allí la selecta comitiva, en tanto que cuatro robustos soldados franceses, provistos de sendas piquetas, picaban sin piedad aquel glorioso símbolo del patriotismo de nuestros abuelos...

Algunos traviesos rapazuelos de la villa, indiferentes á aquella escena de destrucción, jugaban entre tanto á los soldados en la entonces casi solitaria plaza, y en sus remedos de infantil batalla comenzaron á utilizar á modo de «proyectiles» los pequeños guijarros desprendidos al golpe de la piqueta demoleadora.

Uno de aquellos fragmentos, impulsado por la mano inexperta de un chicuelo de unos diez años de edad, fué á herir de lleno en la frente del oficial de guardia.

El agredido llevóse instintivamente la mano á la parte dolorida, y montando en súbita cólera, blandió su espada y se lanzó como una hiena en pos del inconsciente agresor.

Asustado éste del mal causado y más aterrorado aún por la fiera actitud que observó en su involuntaria víctima, emprendió una precipitada fuga para librarse de su alcance. Más todo fué inútil, porque antes de que lograrse salvar en su huida los confines de la plaza, la espada del perseguidor cayó con furia y de filo sobre su tierno cráneo.

Un grito de dolor, agudo, estridente brotó de la garganta del muchacho, que cayó desplomado al suelo bañado en su propia sangre. El terrible golpe del arma vengadora le había hendido por completo uno de los parietales, dejándole casi al descubierto la masa encéfálica.

Aquella salvajada provocó otro grito de horror é indignación entre los subordinados del inhumano agresor que la presenciaron, y alguno de los cuales, aun á despecho de la

disciplina, acudió presuroso en socorro de la inocente víctima; mas un gesto imperioso y amenazador del oficial le reintegró pronto á su puesto. Bien es verdad que hubiera sido inútil todo auxilio, porque el pobre niño era ya un cadáver...

En las últimas contorsiones de su cruel agonía, había quedado su pechito al descubierto. Sobre la albura de la piel brillaba un objeto que pendía de su cuello. Este objeto simulaba un primoroso amuleto, ricamente recamado con pequeñas labores en seda y oro.

El oficial imperturbable cogió en sus manos aquella, al parecer, reliquia de familia. Á su contacto notó que encerraba un cuerpo duro...

Entonces la abrió por uno de sus extremos sirviéndose para ello del filo de su propia espada, tinta aún en la sangre del muchacho.

Aquel cuerpo duro era una sortija.

Una sospecha horrible ensombreció el rostro del oficial.

Aquella sortija tenía grabado un nombre.

Este nombre era «Roudón», el mismo pronunciado por el general francés media hora antes al transmitir sus órdenes á aquella hie-

na uniformada, á cuya cintura había ceñido la Francia una espada para que la emplease ciertamente en empresas más árduas y gloriosas que la de asesinar niños indefensos.

Quedóse perplejo y pensativo uuos momentos, repasando sin duda el confuso arsenal de los recuerdos de su larga y azarosa vida militar.

Luego fijó una mirada siniestra, indefinible, sobre el angelical rostro de su víctima, apenas desfigurado por la muerte, y exclamó:

—Sí; no hay duda... ¡son mis facciones!.. ¡las de ella!.. ¡¡Maldición!!...

De pronto arrojó de sí la espada, aquella espada maldita que acababa de llenar de oprobio con un infanticidio horrendo..... Y, crispados los cabellos, desencajado el semblante, prorrumpió en carcajadas estentóreas, terroríficas, cuyos ecos repercutieron en todo el ámbito de la espaciosa plaza.

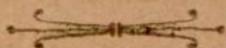
Después penetró maquinalmente en la Iglesia...

—¡Loco! ¡se ha vuelto loco!.. ¡Pobre!.. No es el caso para menos—pensaron sorprendidos los soldados, muy agenos al verdadero motivo de aquella extraña transformación.

Al traspasar el cancel del solitario templo, cayó sobre el pavimento sin sentido, porque una voz parecida de mujer, débil, misteriosa, lúgubre, como el eco del remordimiento, había surgido de entre las sombras de la elevada cúpula, para gritarle al oído y á la conciencia:

—¡Parricida!!... ¡Parricida!!...

Mis lectores habrán reconocido ya en este militar francés al detentor de la infeliz Carlota, esto es, al compañero de armas de aquel sargento llamado *Jules*, sacrificado once años antes á mano airada en aras de la vindicta de un padre ultrajado.



XI

Conclusión

La trágica escena que queda relatada en el capítulo anterior y que pone fin á nuestra narración histórica, tenía lugar el día 19 de Julio de 1823. Casi á la misma hora en que aquélla se desarrollaba, el conde de *Molitor* decretaba la destitución del Ayuntamiento constitucional presidido por el ya mencionado Sr. Benavente y por D. Antonio Ramón Pérez Carra, Alcaldes ordinarios, sustituyéndole por otro de marcado matiz realista presidido por D. Benito Martínez de Galinsoga y D. Benito González Morales, más significados por su adhesión al absolutismo (1).

(1) Este Ayuntamiento realista duró sólo hasta el 24 del mismo mes, en que fué reemplazado de orden superior por el elegido en 1.º Enero de 1820 que estuvo suspenso durante el trienio constitucional.

Aquella misma tarde el general francés daba la orden de partida para proseguir la ruta del español Ballesteros, al que alcanzó y derrotó nueve días después, como ya sabemos, en las inmediaciones de Campillo de Arenas, de la provincia de Jaén, en sus confines con la de Granada (1).

Á las dos horas de circulada la consigna, el primate francés, apuesto ginete en brioso alazán de Normandía, caracoleaba arrogante al frente de su brillante ejército, tendido en correcta formación á lo largo del camino real de Baza, perdiéndose su inmensa «cola» en las alturas de la calzada del *Llano*, donde estuvo acampado el grueso y la retaguardia.

Cuando se hallaba á punto de emprender

(1) Mis lectores recordaran sin duda, cómo diez años antes este mismo general Ballesteros discurría en marcha triunfal por la via militar de los Vélez en persecución del ejército francés de Andalucía, que iba ya de retirada; pero en esta ocasión resultaron desgraciadamente invertidos los términos, pues el perseguido y derrotado lo fué el bravo general español, cuyos soldados maltrechos regresaron por estas villas en pelotones desordenados, siguiendo los más por Compo Coy á Totana para refugiarse en Cartagena sin pasar por Lorca. Mas el regimiento 39° de línea que había dejado Molitor de guarnición en dicha ciudad les salió al encuentro, y auxiliado por los realistas, los batió é hizo prisioneros.

la marcha, fué conducido á su presencia, maniatado y entre bayonetas, un primer teniente de la caballería francesa atacado de súbita enagenación mental.

Contemplóle con curiosidad el general en jefe, y al reconocer en él al mismo oficial de guardia á quien había ordenado aquella mañana la destrucción de las lápidas consistoriales, exclamó sorprendido:

—¿Cómo es esto, Roudón?.. ¿Qué es lo que os sucede?..

El interrogado, por toda respuesta, clavó una mirada vága, siniestra, sombría, en el semblante de *Molitor*, cuadróse todo lo marcialmente [que le permitieron las cuerdas que le aprisionaban, y, por último, prorrumpió en una carcajada estúpida que atrajo la conmiseración del noble caudillo extranjero.

—Está bién—musitó éste después de informarse rápidamente de lo ocurrido.—Acomodad á este desgraciado en una «acémila» cuidando de que no le lastimen esas ligaduras, y disponed que lo incorporen á la impedimenta.

Según dictamen del físico de su regimiento, se trataba simplemente de un caso anómalo de locura furiosa, cuyo diagnóstico no

abonaban por cierto los antecedentes patológicos del paciente, por lo que era de opinión que la extraña afección pasaría luego.

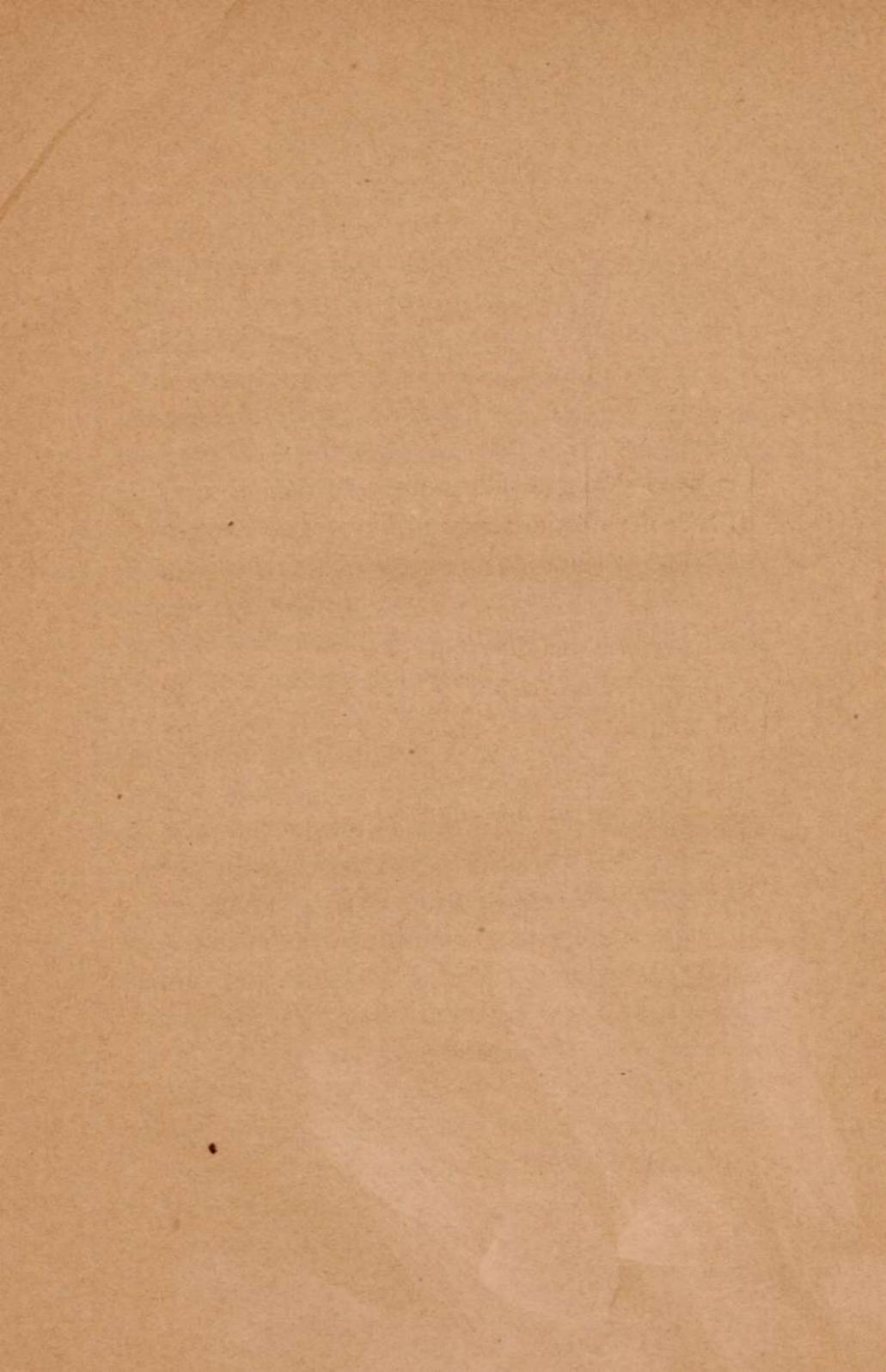
Desgraciadamente no tuvo cumplimiento la predicción facultativa, pues dos meses después que hubieron repasado los Pirineos las legiones del Príncipe de Angulema, el teniente *Roulón* sucumbía trágicamente á manos de otro «alienado» en un manicomio militar de la Provenza, llevándose consigo á la tumba el secreto, para todos misterioso, que determinó su reclusión en aquel asilo.

Réstame añadir que la misma tarde de la partida de Molitor, y cuando aun resonaba en lontananza el último eco del épico toque de marcha lanzado por los tambores y clarines de su Ejército, un modesto religioso, vestido del sayal franciscano, recogía piadosamente de la vía pública los restos ensangrentados del hijo de Carlota, para darles cristiana sepultura junto á la tumba de su madre...

Aquel religioso se llamaba el Reverendo Fray Cristóbal González y Álvarez de Mota, el GUARDIÁN DE SAN FRANCISCO.

FIN

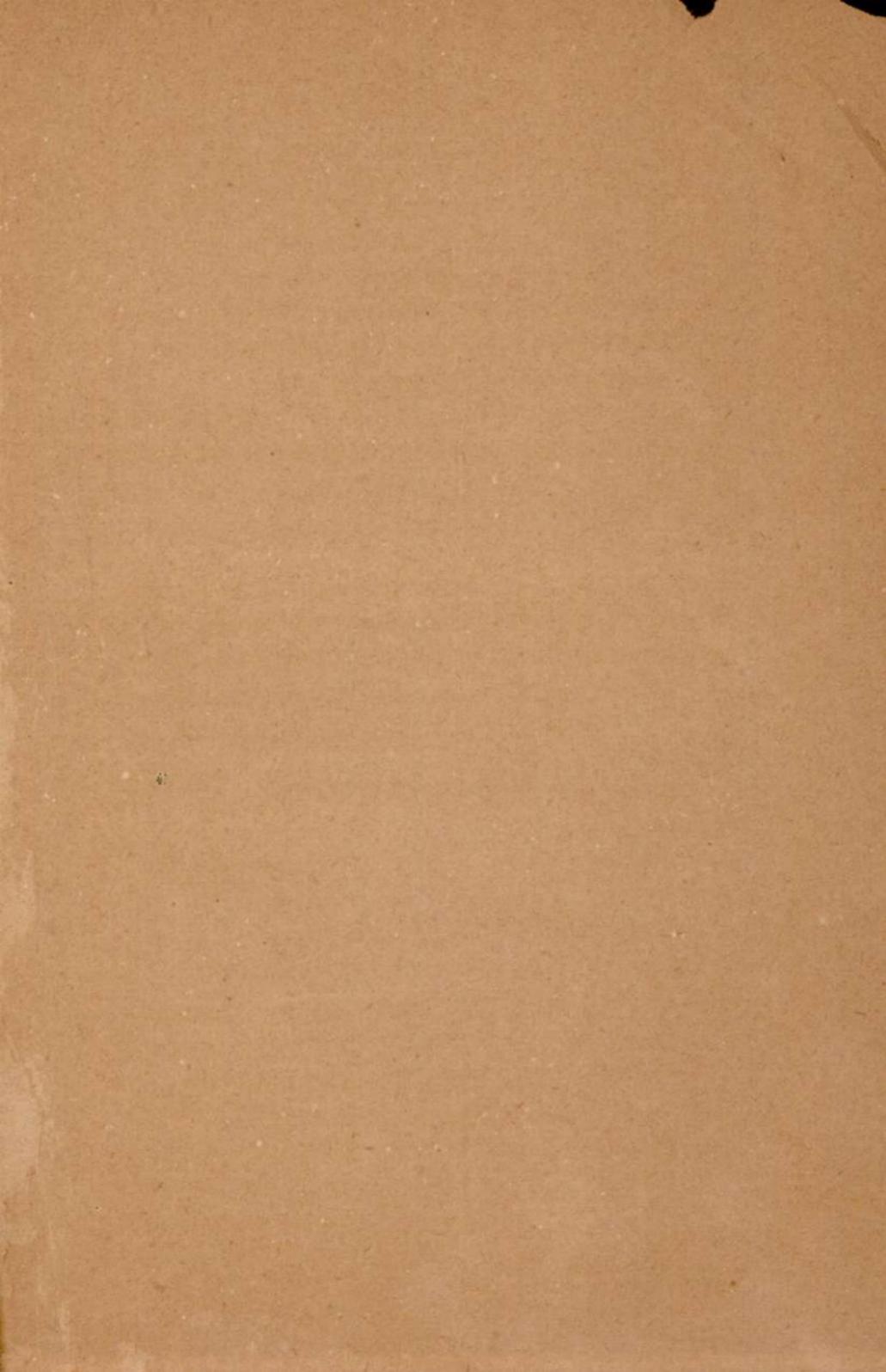




ÍNDICE

	<u>PÁGS.</u>
Preámbulo.	5
I.—Recuerdos y confidencias	7
II.—Un fraile sepulturero	15
III.—La paloma y los halcones	23
IV.—Una víctima más y un francés menos.	29
V.—Después de la invasión	38
VI.—El Padre Cristóbal	49
VII.—Una denuncia y una sentencia.	57
VIII.—Un encuentro inesperado	68
IX.—Los cien mil hijos de S. Luis	77
X.—El parricida.	84
XI.—Conclusión ó epílogo.	94





Precio: UNA peseta

Del mismo autor:

Un filántropo y una obra pía, boceto biográfico-episódico del opulento velezano D. José Marín é indicación sucinta de sus fundaciones benéficas. —Un folleto en 4.º de 64 páginas, esmeradamente impresas, 1 peseta.

En prensa:

Vélez-Rubio biográfico. Narraciones, semblanzas y rasgos episódicos de algunos de sus hijos más esclarecidos de los siglos XVIII y XIX. —Formará un tomo en 4.º de unas 200 págs.

Bibliografía velezana. Ensayo de un Catálogo razonado de los periódicos y revistas publicados en Vélez-Rubio, y de los libros, folletos, monografías, memorias y artículos de periódico, que tratan exclusivamente de la historia, geografía, biografía, arqueología, orografía, etc. de los Vélez.

Zoráyda. Poema histórico-caballeresco, anterior á la Reconquista.

Historia de la villa de Vélez-Rubio, en el antiguo Marquesado de los Vélez, precedida de un breve estudio sobre el «Rogum Scipionis» y las ciudades romanas de Egelesta, Anitorgis y Ad-Morum, y adicionada con una curiosa colección de Efemérides velezanas. —Aparecerá por cuadernos mensuales de cuarenta páginas é irá ilustrada con una hermosa vista panorámica de la antigua y moderna población.

—*Los pedidos á su autor, en Vélez-Rubio.*